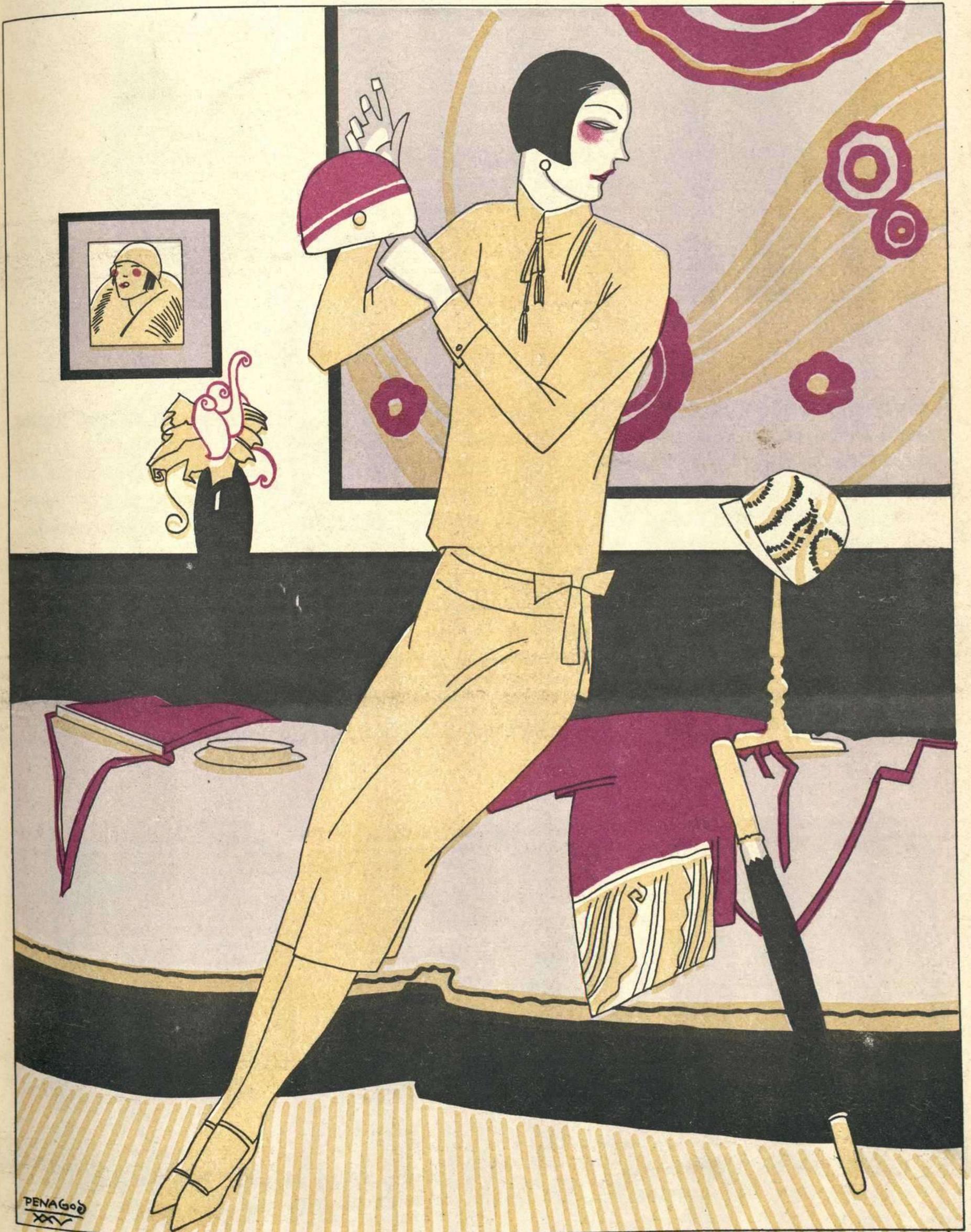


MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 11

50 Céntr.



PENAGOD
XXV

PROPIEDAD. DERECHOS RESERVADOS.

Ed. "Saturnino Calleja"

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL.

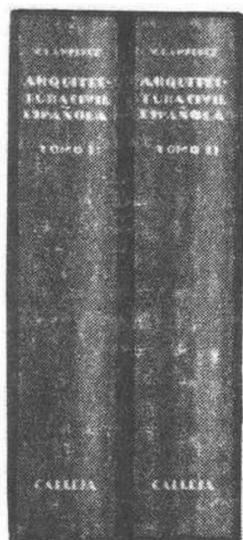
ARQUITECTURA CIVIL ESPAÑOLA

DE LOS SIGLOS I AL XVIII

POR

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA

OBRA PREMIADA POR LA REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA CON EL PREMIO FASTENRATH

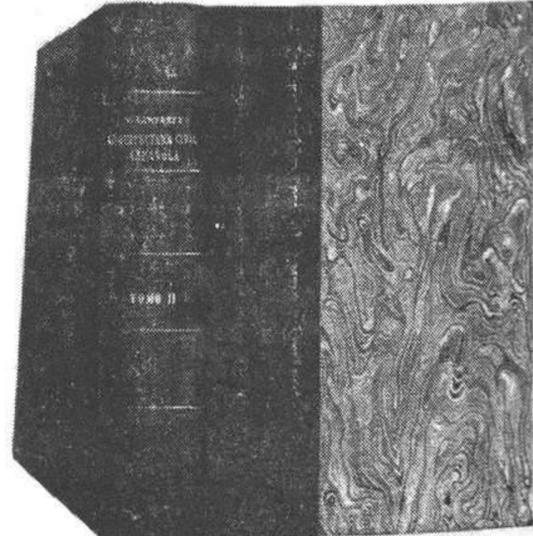
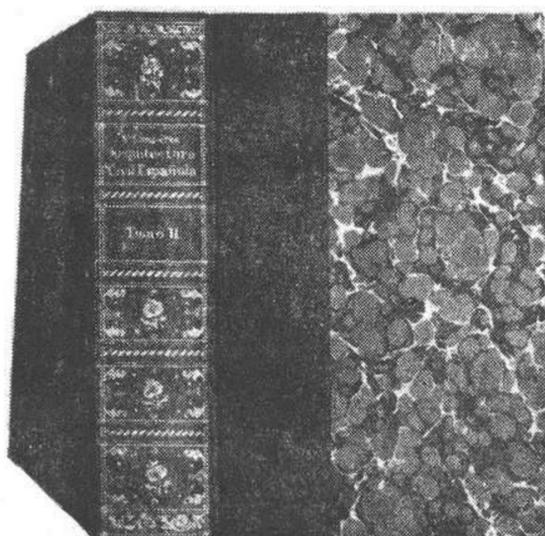
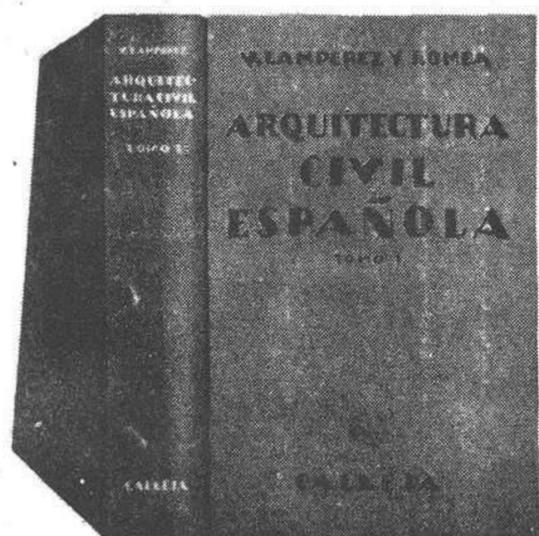


**DOS MAGNÍFICOS
TOMOS CON 1.162
GRABADOS EN PAPEL
COUCHÉ**



Nadie desconoce la personalidad ilustre de Lampérez. Un libro, en el que aquel sabio maestro enfoca con la luz poderosa de su insuperada autoridad cada monumento de la riquísima colección desparramada por España, es algo excepcional en mérito y en interés, y nada podría añadirse para encomiar el uno y el otro si no cupiera agregar que la documentación gráfica de la obra es de una esplendidez tan inusitada, que ella sola representaría un tesoro de información y de arte, aunque no tuviera trenzados en torno suyo los juicios certeros, los comentarios luminosos del maestro Lampérez, de inolvidable memoria. Nadie puede preciarse de amar el Arte español, *primus inter pares*, sin haber estudiado estos dos volúmenes sustanciosos y riquísimos.

DOS TOMOS CON 1.320 PÁGINAS, DE 289 × 200 mm.



En rústica, 125 pesetas.
En tela, 137 pesetas.

En medio chagrín, 155 pesetas.
En chagrín fino, 175 pesetas.

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., Apartado 447. — MADRID

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

PUBLICACIÓN SEMANAL

NÚMERO 50 CÉNTIMOS

Año I.—Núm. XI.

Miércoles 4 Noviembre 1925

Administración, cierre y talleres: SAN SEBASTIÁN

Administración, correspondencia y suscripciones: MADRID. APARTADO 447

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A. Calle de Valencia, 28

SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA: Año, 23 pesetas. Semestre, 12 pesetas :-: OTROS PAÍSES: Año, 35 pesetas
CON SUPLEMENTO EN COLORES, 0,25 pesetas más al mes.

visitas
de mujer



Trinidad y
Mercedes Travesedo

(En el palacio del duque viudo de Nájera. Primer término izquierda, Trini Travesedo; primer término derecha, Mercedes Travesedo; gentilísimas las dos, a cual más simpática y cordial. En el centro, la entrevistadora, encantada con tan grata compañía, pregunta y pregunta, y vuelve la cabeza, ora a la izquierda, ora a la derecha. En el foro, anchos balcones con vistas a la apacible y aristocrática calle de Alcalá Galiano.)



INTERVIUADORA.—¿De suerte que son ustedes...?

TRINI.—Diez hermanos; hemos sido hasta quince...

MERCEDES.—Hoy solamente quedamos seis chicas...

TRINI.—Y cuatro chicos.

INTERVIUADORA.—¿Casados?

TRINI.—De ellos, dos.

MERCEDES.—De ellas, una, que es la marquesa de Guevara.

INTERVIUADORA.—¿Qué tal lo han pasado este verano en San Sebastián? ¿Mucho deporte?

MERCEDES Y TRINI.—(A una.) ¡Ninguno!

INTERVIUADORA.—¿Ni siquiera el auto, el «tennis»?

MERCEDES.—Excursiones en «auto» hemos hecho muchas, pero guiando nuestros hermanos; nos parece más cómodo, y siempre tenemos alguno de ellos a mano; nosotras no hemos aprendido; no somos nada modernas. Ni nos hemos cortado el pelo, ni fumamos...

TRINI.—Además, la verdad, no le vemos la gracia a



tomarse la molestia de guiar una misma. Es indudable que la preocupación, el sentimiento de la responsabilidad impiden disfrutar debidamente del paisaje.

MERCEDES.—¡A mí me parecería que iba a atropellar a todo el mundo!

TRINI.—En cuanto al *tennis* y demás, preferimos los juegos apacibles y caseros, el *mah-jong*...

MERCEDES.—¡Y el *musl* (*Se rie.*)

INTERVIUADORA.—¿Qué distracciones son de su agrado?

TRINI.—A mí me gustan los toros cuando se torea con arte.

MERCEDES.—A mí me da pena de los caballos; lo que me encanta es ver torear a los niños de Buendía; pero, de todos modos, prefiero el teatro.

TRINI.—También a mí me gusta; pero que sean obras serias.

MERCEDES.—Yo soy menos seria que mi hermana; me río siempre, pero me gusta que las obras tengan fondo. Por ejemplo: me encantó una que representaba Vilches hace unos años y que se llamaba... ¿Cómo se llamaba? El hacía de secretario en una casa... y luego se enamoraba y... Pero ¿cómo se llamaba esa obra, Trini?

TRINI.—No sé, no la conozco; a mí me encanta *La mala ley*.

MERCEDES.—Ya mí; y *Cobardías*... Pero lo que es aquella obra... ¡Ay, qué mala memoria tengo! Con lo que me gustaba...

TRINI.—También era muy bonita la del «Infanta Isabel»: *Hay que vivir*. Vamos mucho a la «Princesa», a «Apolo» y a «Eslava». ¡Qué bien trabaja Catalina Bárcena!

MERCEDES.—Hablando de actrices, la que nos entusiasmó fué Vera Vergani. ¡Ojalá volviera!... ¡Mire usted que no acordarme yo del nombre de aquella obra!... ¡Ay, qué rabia!

INTERVIUADORA.—Aparte del teatro, ¿cuáles son sus distracciones predilectas?

MERCEDES.—Las labores manuales; me gustan todas, salvo la costura en blanco.

TRINI.—La costura en blanco es precisamente la labor que yo prefiero. ¡Ah! Y las alfombras.

MERCEDES.—Yo hago toda suerte de objetos: bolsillos de cuentas, prendas de punto, arquetas de cuero pirograbado o repujado; cuanto veo en las tiendas lo copio.

TRINI.—Es una imitamonas.

MERCEDES.—¡Oye, tú!

INTERVIUADORA.—Entonces, ¿si tuvieran que ganarse la vida...?

TRINI.—Yo haría alfombras.

MERCEDES.—Yo pondría una tienda de objetos de arte y de capricho; me encantaría dirigirla y vender en ella cosas hechas por mí. La instalaría con cierto lujo...

INTERVIUADORA.—(Con su poquito de mala intención.) He dicho «si tuviera que ganarse la vida»; y en ese caso... no tendría usted medios económicos para la instalación.

MERCEDES.—Es verdad; pero vamos... yo creo que reuniendo a todos mis parientes, y por muy arruinada que se hallase la familia, siempre se juntaría lo bastante..., digo yo... Y no crea usted que no he pensado pocas veces en esa tienda; y, así y todo, sin necesidad, me gustaría tenerla.

INTERVIUADORA.—Si tanto le gustaría como todo eso, ¿por qué no la pone? Tendría usted señoritas dependientas, y además de hacer labor artística y de distraerse, haría usted un bien a varias personas.

MERCEDES.—(Tan razonable y buena como risueña.) Eso sí; pero, en cambio, haría competencia a otras tiendas, y eso, no necesitándolo, no está bien.

INTERVIUADORA.—Le sobra la razón; me ha dejado

usted muy mal, y prefiero pasar a otra cosa. ¿Leen ustedes mucho?

TRINI Y MERCEDES.—(A una.) Bastante, sí.

INTERVIUADORA.—¿Qué autores son sus predilectos?

TRINI.—A mí me encantan Loti y Bordeaux.

MERCEDES.—A mí, Crawl, Marlitt y Jeanne de Coulomb.

TRINI.—Pero los que preferimos son los españoles.

MERCEDES.—Sobre todo, Alarcón; el *Viaje a Nápoles*.

TRINI.—Y Valera, y Pereda, y Balmes, al que leo constantemente, esforzándome en comprenderlo. Mi poeta predilecto, aparte de Rabindranath Tagore, es Juan Contreras, marqués de Lozoya, que me parece a mí que pinta Castilla como nadie.

MERCEDES.—Ya ve usted que no solamente no somos nada modernas, sino que, además, somos españolísimas; no estamos extranjerizadas.

INTERVIUADORA.—Y esto es tanto más de apreciar cuanto que ustedes han viajado bastante.

MERCEDES.—Esta ha hecho, hace poco, un viaje precioso: ha estado en Egipto, en Jerusalén...

INTERVIUADORA.—¿Y usted?

MERCEDES.—Yo no he salido de Europa; sobre todo, he visitado Italia.

TRINI.—Pero lo que más a fondo conocemos es España.

INTERVIUADORA.—El mencionar Italia me ha hecho pensar en la pintura. ¿Seguramente les interesa?

TRINI Y MERCEDES.—(A una.) ¡Mucho! Como todo lo que sea arte.

INTERVIUADORA.—¿Cuáles son sus pintores predilectos?

TRINI.—De los antiguos, Velázquez, Murillo, Rafael...

MERCEDES.—A mí, Ribera más que ninguno.

TRINI.—Y de los modernos, Sotomayor...

MERCEDES.—Y Moreno Carbonero.

(La entrevistadora siente, de pronto, un leve rubor profesional. ¿No habrá abusado un poco de la inagotable complacencia de sus amabilísimas interlocutoras? Se levanta y —extraño medio de hacerse perdonar sus indiscreciones!— hace una nueva solicitud: la de los retratos. Imprudencia casi fatal: esta petición trae a la memoria de las señoritas de Travesedo la idea de la entrevista y quedan aterradas.)

TRINI.—¿Pero va usted a publicar todo lo que le hemos dicho?

MERCEDES.—¡Ay, Dios mío! Con tanto como hemos hablado, ¡habremos dicho una de tonterías!

TRINI.—¡Y además van a ir los retratos!

(Pero la entrevistadora sabe que una parte —y no por cierto la más fácil— de su oficio, consiste en tranquilizar a sus víctimas, ni más ni menos que un médico tranquiliza a un enfermo aprensivo.)

INTERVIUADORA.—(Con sinceridad.) Yo les aseguro que han estado encantadoras y que no diré nada..., vamos, nada de lo que me han dicho..., de lo que me han dicho y no deba repetir..., ¡ejem, ejem!

(Entre tanto, se ha apoderado de los retratos, y, ya en la puerta):

Les quedo a ustedes muy agradecida por su cordialísima acogida, y ya saben que...

MERCEDES.—(Súbita e impetuosamente.) ¡El corazón manda!

INTERVIUADORA.—No lo dudo; pero...

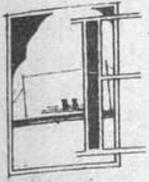
MERCEDES.—¡No; si *El corazón manda* es el nombre de aquella obra que no recordaba!

CARMEN DE AVILA.

UN DIVORCIO QUE NO HA LUGAR

CVENTO

por Julia Mérida



El «taxi» se detuvo junto a la verja de un hotel en la calle de Almagro. Jaime Losada descendió ligero del vehículo, cruzándose el gabán de pieles.

Llamó reiteradamente a la puerta para abreviar la espera en la noche crudísima de invierno. Daban las diez en el cercano reloj de las Salesas Reales.

El portero, que abría, se inclinó reverencioso ante el que llegaba. Reconocía aún en el visitante al amo que iba a dejar de serlo.

Con una zalema, oficioso, advirtió: «La señora no está. Hará una hora salió para ir a casa de la señora condesa. ¿No recuerda el señor que hoy es miércoles?»

Jaime cortó con ademán soberbio la conversación. Creyó percibir ironía en el tono del criado al señalar la ausencia de su señora. Aquella advertencia le parecía suspicacia al descubrir su intento: entrar casi a hurtadillas en la casa que fuera suya, y a sabiendas de que no estaría en ella su mujer. Una vez por semana, acostumbraba ésta a comer en casa de su hermana, y sin la presencia de aquella quería revolver a sus anchas el «bureau» de su despacho, coger de él unos papeles que le eran necesarios.

El gesto del señor hizo enmudecer al sirviente. Confuso, oprimió dos veces el timbre, que avisaría al estirado mayordomo que era el amo quien entraba.

Con paso firme y gesto altivo, penetró Jaime en el «hall». Quería desmentir rumores de derechos abdicados ante la comparsa que le le servía. Al criado que se presentó, ordenó encendiera luz en su despacho y abriera la llave de los radiadores.

Después de instalado junto a su «bureau», el señor despidió al que rabiaba ya por ir a comentar con sus compañeros la insólita venida del dueño de la casa.

No tardó mucho Jaime en encontrar lo que había venido a buscar: su partida de casamiento, una escritura notarial autorizando a su mujer la libre administración de sus bienes, unas cartas escritas por ella insultando su proceder, en que el amor incomprendido vibraba a través del paroxismo de una rabia celosa, preludios de aquel divorcio solicitado por el cónyuge fundándose en incompatibilidad de caracteres, según rezaría en la demanda que su abogado iba a tramitar.

A solas consigo mismo, el demandante sabía dar otro nombre al origen de su desavenencia conyugal. La tiranía de amante que hubiera querido imponerle la esposa enamorada, era más propicia a halagar su amor propio que a fomentar la discordia, causa de la ansiada separación judicial. En lo más hondo de su ser, estaba bien definido el sentimiento que a ello le impulsaba. Era un instinto de venganza, rescate de su absolutismo de marido postergado por aquella mujercita tan débil que parecía hecha expreso para llorar el engaño, enfurecerse puerilmente y resignarse después... perdonando.

¡Sí..., sí! ¡Fíese usted del agua mansa!

La mujercita inofensiva se había limitado: primero, a protestar débilmente de aquella vida disipada que inducía al marido a fabulosos dispendios que marcaban sensiblemente el desnivel económico; luego había arremetido en sus protestas por sospechar que las prodigalidades que arruinarían al marido ofendían ya a la mujer; pero convencida bien pronto de que las escenas violentas reprochando al culpable no enmendaban su conducta, y cansada de escribirle cartas recriminándole, que le perseguían en sus frecuentes ausencias y tampoco obtenían resultado, la ofendida ideó otro medio mucho más práctico de reducir al rebelde: exigir la separación de bienes, prontamente concedida por el marido orgulloso y susceptible. Suficientemente rico, de su propio peculio cedió de buen grado un derecho que ampliaba su libertad de acción en la gerencia de lo que era suyo solamente.

Al quedar desligadas las dos fortunas antes vinculadas, Jaime aceleró su desenfrenado despilfarro en doradas orgías, en ruinosos caprichos. Si algún escrúpulo retenía a veces al padre que estaba comprometiendo seriamente el porvenir de su hijo, su irresponsabilidad de alocado forjaba al instante la disculpa: «Le queda lo de su madre, bien administrado, sin contar con la fortuna de su tío Manuel, que vale por sí sola más que cuanto yo pueda dejarle».

Y al pensar en la cuantiosa herencia que el solterón le dejaría a él —su único heredero en tiempo no remoto, pues era ya de edad avanzada—, no creía beneficiar con ella tan solo a su primogénito, sino contaba la serviría también a él mismo para ponerse a flote después de consumidas las rentas a cuyo capital estaba dando tan rudas embestidas.

Ahí estribaba el desengaño mayor que llevó en su vida, del que culpaba a la mujercita —tan débil en apariencia— que supo ser más fuerte que él.

Derrochado ya por Jaime cuanto poseía, y en espera de la herencia de su tío Manuel, enfermo desahuciado de los médicos, su muerte no le hizo poseedor de la ansiada fortuna. Heredaba su mujer el usufructo, su hijo, la nuda propiedad. La previsión del anciano, confidente de Sofía en su desventura conyugal, defraudaba las esperanzas del pródigo, que no podría malgastar las rentas acumuladas por tío Manuel para mejores fines.

El estupor irritado de Jaime al leer el testamento que le despo-

No pudiendo desahogar en el muerto su cólera, cargó el peso de su enojo en Sofía, a quien suponía causante de su derrota.

Era ella la que había influido en el ánimo del testador, torciendo su voluntad para apropiarse de lo que no debía ser suyo. ¿Cómo vengarse de la aborrecida mujer que le arruinaba y encima le hacía la injuria de ofrecerle, como una limosna, una pensión irrisoria, pero sin ceder ni un ápice de sus derechos de propietaria? ¡El abandono, el divorcio, toda pena sería pequeña en relación a la culpa...!

Y desde hacía un mes Jaime vivía en el «Palace» como un bohemio, sin saber en qué concluiría su existencia. Mantenía, ya por tesón, su criterio sobre el premeditado divorcio, cuyos preliminares iban a poco a poco a ser notificados a Sofía.

En posesión ya de los documentos que vino a buscar, Jaime se dispuso a marchar.

Le esperaba en «Maxim's» una comparsa alegre de amigos y amigas, con quienes pretendía olvidar los escollos de la vida elegida por él. A ratos se le antojaba ya menos fácil y en ellos empezaba a percibir el reproche de su conciencia, que le señalaba el estorbo que él mismo puso en el camino llano.

Aquella noche, al ir a abandonar la estancia cuyas paredes presenciaron su felicidad de antaño, se acentuó el reproche. «Flotaban en aquel rincón sus recuerdos de recién casado, que creía la ilusión interminable, la alegría orgullosa de los nuevos padres que prepararon una cuna. La bandada de añoranzas que como pájaros errantes volvían al nido, fué una oleada de pesimismo. Saboreó el amargo pesar de lo irremediable.»

«¡Bah! —se dijo—. El destino manda; hay que vivir, sea como sea.» Y quiso evocar la seducción del devaneo que le entretenía de momento para ahuyentar la melancolía que le invadía.

Sus ojos tropezaron con un retrato de Sofía, más seductora que todas las inspiradoras de sus caprichos. Para huir de la fascinación que dimanaba del retrato, se apresuró a salir de aquel despacho, al que no volvería más. Abarcó con la mirada la habitación, y cansado ya de la vida de hotel, tan cohibida aunque parezca tan amplia, sintió perder la soledad amparadora de aquel asilo confortable. Malhumorado, cerró la puerta de golpe para dejar de verlo.

Se encontró en la galería, donde un candil romano alumbraba difusamente, dejando casi en tinieblas el contorno.

A lo lejos, el resplandor que se filtraba a través de la entreabierta puerta del dormitorio de su hijo, parecía un faro opalino. Le indicaba una ruta: la contraria a la de aquella puerta por donde iba a huir.

Jaime, indeciso, se paró. Luchaba con la tentación de ir a ver al niño, aunque fuera dormido, y el temor de ser sorprendido por la servidumbre en flagrante delito de ternura.

Avanzó en puntillas, y con el mayor sigilo observó por la puerta medio abierta. «Mademoiselle», el aya del niño, no estaba allí. Mejor: así no presenciaria aquella debilidad suya que debía ignorar Sofía.

En la camita blanca, un niño de cinco años —el travieso Jaimito— reposaba en tranquilo sueño.

Le besó muy quedo para no despertarle, y, queriendo sustraerse a la sen-





sibilidad que iba a domarle, se volvió de espaldas a la cama para no verla.

Frente a él, la chimenea, sin lumbre en el hogar, cobijaba una ilusión del niño que dormía: sus zapatos dejados en el atrio, pedigrüenos, que esperaban el regalo de los Reyes Magos. ¡5 de enero!

El padre añoró igual fecha de otros años, en que introducía él mismo el contrabando de juguetes en casa, burlando de mil modos la presencia infantil en acecho. Echó de menos la pueril estrategia que aquel año no había realizado.

La madre sola cumpliría la misión de satisfacer la petición del niño: los paquetes que rodeaban los zapatos así lo indicaban.

Se acercó y leyó en un papel puesto sobre voluminosa caja: «De parte de los Reyes, de mamá».

¡El no iba a regalar nada a su hijo! No se conformaba; al día siguiente le mandaría un juguete.

Siguió curioseando el otro paquete, mal envuelto. Era un arrogante caballo mecánico, y entre lo arreos un cartelito indicaba la procedencia: «De parte de los Reyes, de papá, que está viajando».

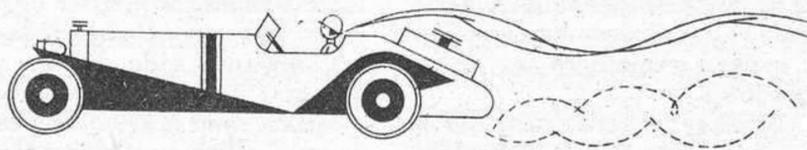
Ambas dedicatorias estaban escritas de mano de Sofía. Jaime, avergonzado, retiró la vista del regalo que querían hacer en nombre suyo. Por segunda vez, la mujercita débil sabía ser más fuerte que él. Con el mismo ahinco que defendiera antes a su hijo de la inconsciencia paterna que le arruinaba, defendía ahora del asedio del olvido el corazón del niño, abandonado por él.

La madre sabía hacer presente al que desertó de su puesto por medio de un juguete que sería ilusión suprema, recuerdo impercedero en la mente de su hijo. La esposa ofendida seguía manteniendo el culto en un altar sin imagen, por la magia de su voluntad, aferrada al yugo indisoluble.

Jaime, vencido, llamó a un criado y ordenó despidiera al «taxi» que esperaba a la puerta para llevarle a «Maxim's».

Había resuelto quedarse para ver junto a Sofía qué cara pondría Jaimito al despertar y darse cuenta del caballo regalo del papá que no viajaría más.

JULIA MÉLIDA.



El juego del barquito.

Sin duda conocerán ustedes el juego de sociedad que consiste en colocar al «sentenciado» ante el siguiente dilema: Si se hallase usted en una lancha con dos personas —amigos suyos o personalidades ilustres— y la lancha se fuese a pique, y usted solamente pudiese salvar a uno de sus dos compañeros, ¿a cuál de ellos dejaría ahogarse?

Con motivo de este juego, tan en boga en el siglo pasado, se recuerdan algunas contestaciones curiosas.

En una ocasión, Mme. de Staël, la célebre escritora francesa, le dijo a Talleyrand, no menos célebre diplomático:

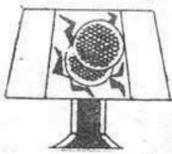
—Sospecho, a pesar de todas sus protestas de afecto, que le tiene usted más simpatía a Mme. de Flahault que a mí. Y si fuéramos los tres en una lancha, no es a mí a quien salvaría usted.

Y el obispo de Autun, príncipe de Benavento, repuso tras una breve vacilación:

—En efecto; pero es porque me figuro, no sé por qué, que usted debe de saber nadar mejor que ella.

Otra respuesta —ésta conmovedora— fué hecha por Mme. de Boufflers. Preguntaban a esta gran dama, que había sido poca querida de su madre y en cambio adorada y mimada por su suegra, a cuál de las dos salvaría, y ella dijo:

—Salvaría a mi madre..., pero me ahogaría con mi suegra.



El tono de los sombreros en su aspecto científico (??).

La cuestión del tono de los sombreros femeninos ha interesado incluso a algunos sabios.

En una obra del gran químico Chevreul leemos que:

«Un sombrero negro con plumas o flores favorece a las rubias. Sobre todo, una pluma color anaranjado sentará admirablemente a las rubias jóvenes.

Los sombreros blancos no convienen más que a las mujeres de color muy blanco o rosado. Jamás a las morenas.

Los sombreros azules van bien a las rubias. El adorno puede ser de florecillas menudas; nunca flores rosa o violeta.

Los sombreros rojos se recomiendan a las mujeres morenas.»

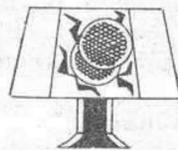
Bien. Ahora preguntamos nosotros, ¿y para qué Mr. Chevreul no abandonó la probeta en vista de sus aficiones modisteriles? ¿Quién sabe si en el arte de la moda no hubiese logrado una fama aún más grande que en la química?.

Las mujeres «jockeys».

Las mujeres «jockeys» han causado sensación en Newmarket y los diarios ingleses publican numerosos artículos acerca de las aptitudes más o menos reales de la mujer para esta profesión.

En su mayoría, las autoridades en la materia —incluso las más reputadas amazonas— han declarado rotundamente que, salvo raras excepciones, semejantes a las que se dan entre las acróbatas profesionales, la estructura del cuerpo femenino no es propicia al rudo esfuerzo de las carreras hípicas.

Lo creemos sin pena.



Viajeros de lujo.

El modernísimo escritor francés Maurice Dekobra, autor de obras tan originales como son *Mon cœur au ralenti* y *La madonne des Sleepings*, divide los viajeros de trenes de lujo en dos grandes categorías: el viajero propiamente dicho y el turista.

El viajero come de prisa para matar el hambre y lee el periódico.

Y el turista come despacio para matar el tiempo, mientras pasea la vista por el paisaje sin enterarse de nada, porque si se enterase, ya no sería un turista.

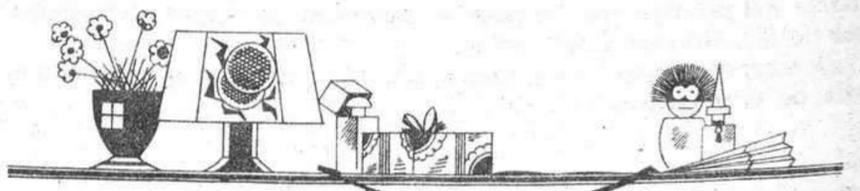


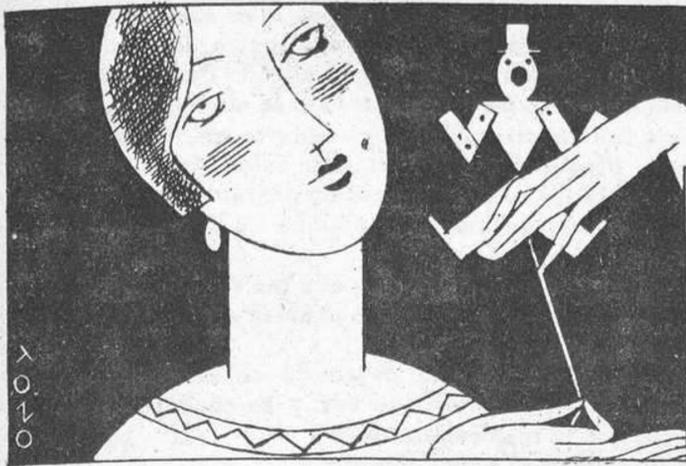
Un torneo de «tennis» con paraguas.

Los miembros del club deportista «Mountain Station», de New-Jersey (Estados Unidos), han organizado hace poco un *match* de *tennis* bastante original: los jugadores habían de llevar en la mano izquierda un paraguas abierto.

Después del torneo, Miss Clara Cassel, la vencedora, ha manifestado que esto no la había molestado en absoluto y que estaba dispuesta a jugar nuevamente, provista de un paraguas, contra un contrincante que no lo tuviera.

Sobre todo —suponemos—, en los días de lluvia.





MONINA

NOVELA

POR

CYR

(Continuación.)

—¿Vienes tú, Monina?

Ella vió a Juan de Blaye, que salía hablando con la señora de Nezel, y respondió:

—Ahora mismo soy con ustedes. Voy a ver si los niños están acostados.

—Señorita —propuso el abate—, yo puedo evitarla esa molestia.

—No, gracias, señor abate. Cuando no he dado mi abrazo a Fred, no estoy contenta.

Y salió por la parte opuesta a la terraza, mientras que el señor de Clagny decía a la marquesa:

—Su nieta es de lo más decididamente encantador que se puede ver.

Y luego añadió con pena:

—Cuando se encuentran mujeres así, es cuando se siente ser viejo.

—Le confieso —dice la señora de Bracieux, riendo— que ni aun joven sería usted el marido que he soñado para Monina.

—¿Y por qué, si puede saberse?

—Pues, porque es usted..., era usted, por lo menos, un poco..., ¿cómo decir?... un poco amplio de corazón.

—¡Amplio de corazón! ¡Sí que lo era, caramba! Pero no fué culpa mía, sino de las que no supieron retenerme. La aseguro que con una mujer como Monina no hubiera sido eso que usted llama «amplio de corazón».

—¡Bah! —dijo la señora de Bracieux, incrédula—. ¡Cualquiera sabe!

Al salir del salón, Monina cruzó el vestíbulo, y, en vez de subir por la escalera principal que conducía al cuarto de los niños, alzó el viejo tapiz rameado que disimulaba la puerta de la antecocina. En el momento de abrir la puerta, volvió al vestíbulo para descolgar una oscura y larga capa de pescador, que acostumbraba a ponerse cuando llovía. Envuelta en ella entró en la antecocina, enteramente a oscuras. De la cocina llegaba la voz chillona de los criados, que cenaban ruidosamente. Dionisia se aproximó a la ventana abierta y, recogiendo las faldas, se subió encima de una silla, montó en el alféizar y, ligera, saltó al jardín. Ya en él, vaciló un instante. Alumbrada por la luz de los salones se destacaba la terraza. Desde el plantío distinguió en la sombra el rojo fulgor de los cigarros. De pronto, cubriose con la capucha de la capa y, resuelta, echó a correr por la oscura calle que conducía a la avenida.

Entre tanto, sus enamorados esperaban en la terraza que viniera a reunirseles, como había prometido, mientras la gruesa Gisela se esforzaba en organizar una partida de escondite. Los hombres no se prestaban a ello; la señora de Tourville temía estropearse la ropa, y la señora de Juzencourt paseaba con Juan de Blaye y con la señora de Nezel. Pronto regresó ella sola, y, como tenaz, la señorita de La Balue se empeñase en hacerla jugar, rehusó categóricamente. No se iba a poner a correr, cuando andando nada más, no podía resistir el calor; había tenido que separarse de Juan de Blaye y de la señora de Nezel... porque no podía más.

Ya solos, Juan y la señora de Nezel continuaron su paseo. Ella, tranquila, terminando la conversación empezada; él, preocupado e inquieto. Al fin, no pudiendo más, preguntó:

—¿Por qué no me diriges reproches; por qué no me dices todas las cosas malas que piensas de mí?

Ella respondió muy cariñosa:

—Porque no tengo que reprocharte y porque no pienso de ti nada malo.

—Entonces es que ya no me quieres.

—¿Qué no te quiero? —dijo la señora de Nezel, con acento tan doloroso, que Juan se sintió conmovido.

Se consideraba amado tan intensamente, que retrocedía ante la idea de la tremenda pena que iba a causarla siendo sincero, y, afectuosamente, esforzose en mentir.

—Sí, —dijo, improvisando con dificultad una excusa en que no había pensado—, debes de haber creído que yo no pensaba ya en ti. Hace quince días que estás en los Pinos y yo no he dado señales de vida. Es tan difícil para mí, tan conocido en Pont de Loire encontrar un rinconcito, que he tenido reparo, por ti misma, de ir al pueblo.

Como ella permaneciera silenciosa, preguntó:

—¿Por qué no me respondes?

—¿Por qué?... Porque estás diciéndome ahora precisamente todo lo contrario de lo que me dijiste al aconsejarme que aceptase la invitación de los Juzencourt.

El preguntó confuso:

—¿Qué te dije?

—Que vernos en Pont de Loire era cosa fácil; que tenías una casita cerca de la estación, cedida por un amigo ausente, un oficial con licencia; que yo iría a la población como quisiera; que había dos trenes ascendentes y dos descendentes desde el mediodía a las siete de la tarde, entre los Pinos y Pont de Loire. Y que yo tendría mucha libertad, puesto que Juzencourt y su mujer no salían nunca más que para hacer visitas a los castillos o seguir los *rally-papers*. Y yo he visto desde el día siguiente de mi llegada que todos tus informes eran exactos.

—Sí... pero mi amigo ha regresado más pronto de lo previsto.

—¡Ah, pobre Juan! En lugar de contarme todos esos embustes, sería mejor decirme la verdad.

—Y la verdad, según tú, es que ya no te quiero.

—Sí...; esa es una parte de la verdad.

Juan preguntó intranquilo:

—¿Y el resto?

—¡Que amas a la señorita de Courtaix. Ah, no me digas que no!... ¡Está tan claro!

Y añadió, después de un instante de silencio:

—¡Y es tan natural!

—¿Me perdonas?

—No tengo nada que perdonarte. Nunca te he pedido nada; nunca me has prometido nada. Cuando te conocí aún no era viuda, y has debido formar de mí la opinión severa..., que casi siempre tiene todo hombre de la mujer que se le entrega...

—Pero, yo te juro...

—¡No jures!... Debes haber tenido de mí esa opinión, tanto más cuanto que yo he creído no deber contarte lo que había sido hasta entonces mi vida. Has podido creer que yo engañaba, sin el menor remordimiento, a un marido quizás afectuoso y bueno...

—Yo no he creído nada... sino que te adoraba.

—¿No me querrás ya?

Ella le respondió, sorprendida de tan ingenuo egoísmo:

—¿De modo que aún deseas que te siga queriendo?

—Sí, lo deseo... ¿Qué será de mi vida sin ti, que lo eres todo para mí?

Y como ella retrocediera sorprendida:

—¿Qué te figurabas, qué pretendía casarme con Monina?

—¡Claro que sí!

Iba a explicarle por qué no se podía casar con su prima; pero reflexionó que la imposibilidad material habría de hacer ofensivo su retorno a la señora de Nezel, a quien amaba tiernamente, y dijo:



—No siento por Monina sino un entusiasmo violento, pero pasajero. Es imposible vivir a su lado sin exaltarse con su belleza, enloquecer por su coquetería inconsciente y sencilla. Durante estos quince días me ha tenido loco, y lo estoy aún. Pero al verte esta noche comprendo que no amo a nadie más que a ti y que a ti sola te pertenezco.

Y atrayendo hacia sí el pálido rostro de la señora de Nezel cariñoso y expresivo, la dijo:

—¿Crées tú que puedo querer, como a ti te quiero, a esa niña, a quien no he tocado siquiera la punta de los dedos? Y luego añadió:

—Perdóname, tú que eres buena; pues si he pecado, ha sido solamente con el pensamiento.

—¡Te amo!..., volvamos pronto, que van a echarnos de menos.

La señora de Juzencourt, sentada en la terraza, gritó al verlos:

—¡Cómo!... ¿Paseando tanto tiempo?

En aquel mismo instante, el señor de Rueille decía a Monina, que acababa de aparecer en el marco de una ventana:

—¿Es así como iba usted a reunirse con nosotros?... ¡Muy bien!

—No he podido volver más pronto.

Y más bajo, acercándose a su primo, añadió:

—He tenido que ocuparme del té, de los helados, etcétera, etc. No hay que recriminarme.

Pedrito replicó extasiado:

—¡Recrimínartel!..., ¿pero es que a ti se te puede recriminar?

Monina no respondió. Distraída, contemplaba a Huberto de Bernés que hablaba con Bertrada, asombrada de hallar en él tanta frialdad. Muy cumplido, seguramente, y aun amable; pero amable y cumplido nada más, y ella no estaba acostumbrada a tanta moderación.

—El señor de Clagny se presentó en una ventana, llamando:

—¡Señorita Monina! Su abuela la llama.

Dionisia echó a volar, entre un ruido de faldas, sin responder una palabra al joven La Balue, que decía, mostrando a Enrique de Bracieux, cuya silueta se destacaba en plena luz:

—Es un buen mozo Enrique, ¿no te parece?

—Monina —dijo la marquesa—. Vas a contarnos algo...

Muy contrariada, respondió:

—¡Ay, abuela, por Dios!

Pero la señora de Bracieux insistió:

—Es el señor de Clagny quien desea oírte...

—Entonces, voy en seguida —dijo Monina cariñosamente, sin darse cuenta de que tal manera de consentir no era muy amable para los otros invitados de su abuela.

Tomó de encima del piano una guitarra, pasó sobre su cabeza la cinta rosa que la sujetaba, y dijo, colocándose en medio del semicírculo que formaban los sillones:

—Me voy a acompañar con la guitarra. Me gusta más así; es más bonito. ¿Qué quiere usted que le cante? —añadió, dirigiéndose al señor de Clagny—, ¿le gustan las canciones antiguas?

Y a continuación empezó la *Canción del soldadito*.

«He jurado la bandera
Por el amor de una rubia...»

Con su voz bonita y bien timbrada, de que se servía magistralmente, llena de dolorida entonación, cantó la conmovedora narración del soldadito que «quiere que envuelvan su corazón en una servilleta blanca...»

El salón se llenó en cuanto Monina se puso a cantar. Y era divertido observar las fisonomías. Juan escuchaba nervioso, retorciendo el rubio bigote entre sus dedos.

El señor de Rueille, enervado por la doliente sonata, excitado de ver tanta gente admirando a Dionisia, no cesaba de pasear al otro lado del salón, afectando indiferencia.

Pedrito, con la boca abierta, no pestañeaba. La Balue, recostado en la consola, en postura violenta y ridícula, fijaba en la joven los empañados ojos, con mirada que quisiera hacer magnética, y tan insistentemente, que a Enrique de Bracieux le entraban ganas de abofetearle. Hasta el mismo abate Courteil, embargado, lleno de emoción, desenchajados los ojos, respiraba ruidosamente. Sólo Huberto de Bernés escuchaba con atención respetuosa, aunque en cierto modo indiferente.

Las mujeres, a excepción quizás de Gisela de La Balue, admiraban sinceramente a Monina. La señora de Nezel escuchaba con ojos tristes y sonrisa de bondad. En cuanto al señor de Clagny, sentía que todo cuanto había en él de sensibilidad y ternura escapaban ha-

cia aquel ser delicado y bonito. Sus ojos, cargados de caricias, envolvían a la vez el delicioso rostro, los dedos rosados que corrían por las cuerdas y el talle flexible de Monina; y cuando después de cantar ésta se acercó a él, sin cuidarse de las felicitaciones y cumplidos que llovían sobre ella, y le preguntó, deliciosamente zalamera: «¿No se ha aburrido usted?»..., permaneció un instante sin poder responder, por la emoción que anudaba su garganta. Al fin, pudo decir:

—Ya la suplicaré a menudo que me repita esa canción. Sí, volveré por aquí y usted me cantará el *soldadito*, ¿querrá usted?

Se apoderaba de él un deseo de oír cantar a Monina para él sólo, sin compartir su voz y su encanto con todos los otros, que le inspiraban horror.

Ella le respondió muy contenta:

—Usted vendrá aquí cuando quiera, y yo le cantaré todo lo que me pida...

Luego, escurriéndose hacia Juan de Blaye, aislado en un rincón del salón:

—Y a tí, te aburre que cante, ¿verdad?

Sorprendido de la pregunta, sorprendido también de que Monina se ocupase de él, contestó:

—No; ¿por qué?

—Porque te he visto hace un momento cómo te retorciás los bigotes, un poco furioso... Y tenías aire de aburrido. ¡De muy aburrido!

—Una ilusión que te forjas.

—¡No! No me forjo ilusiones. Cuando se trata de los que quiero, soy muy perspicaz... ¿Por qué frunces las cejas?

—¡Si no las frunzo!

—¡Sí...! Y añadiré que también te fastidia lo que te acabo de decir.

—¿Qué acabas de decirme?

—Que soy perspicaz. Y te fastidia porque temes que adivine algo.

Muy turbado preguntó:

—¿Algo...? ¿Qué?

—¿Qué...? ¡No sé...! Pero seguramente algo te pasa, porque no eres el mismo desde..., desde que estamos en Bracieux, poco más o menos.

Juan dijo, tratando de bromear:

—¿De verdad...? ¿Tan cambiado estoy? Pues lo gracioso es que no me doy cuenta...

Monina se encogió de hombros.

—No trates de engañarme, pobre Juan, te conozco muy bien. Sí que estás cambiado, muy cambiado. Te has vuelto brusco, inquieto, preocupado... Vaya... ¿Quiéres que te diga...?

Sentada muy lejos de ellos, la señora de Nezel los contemplaba con su expresión resignada y triste. Lá mirada violeta de Monina, reluciente entre las espesas pestañas, se deslizó hacia aquel lado y añadió:

—¿Amas a alguien que no te corresponde?

Juan de Blaye, enrojeció súbitamente.

—¡No sabes lo que dices!

—Entonces, ¿por qué te pones encarnado...? ¡Qué orgulloso eres...! ¡Te molesta que adivine...!

Después de un instante de silencio añadió:

—¿Se lo has dicho tú?

—¿Si yo he dicho que a quién? ¡Tú estás loca, pobre Monina!

—A la señ...

Se detuvo, vuelta la cara a la señora de Nezel, y siguió:

—A la que tú amas, ¿le has dicho que la amas?

Juan respondió con voz apagada:

—No.

—¿No te atreves...? ¿Por qué? Yo oigo todos los días a la abuela, a Bertrada, a Pablo, a tío Alejo..., les oigo repetir que eres uno de esos a quienes todas aman. Ella te amará también... y se casará contigo... ¡vaya!

Se le acercó hasta rozarle el oído con su hálito, sin preocuparse del efecto producido por tal familiaridad, y le propuso:

—Dime..., si tú quisieras..., yo le hablaría, yo misma..., y estoy segura de que la respuesta...

Juan se levantó bruscamente, cogiendo la mano de Monina:

—¿Qué dices?

—Digo que te amaré, si ya no te ama.

—Pero —balbuceó azorado—, ¿de quién hablas tú...; de quién?

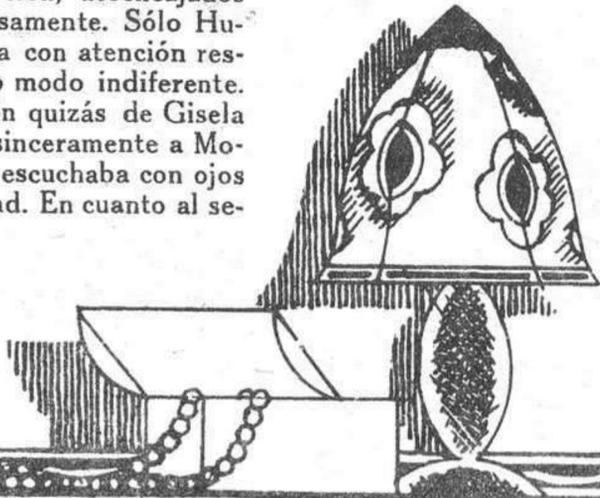
Ingenua y titubeando, respondió tan bajo, que apenas pudo oírse el principio de la frase:

—Hablo de...

—¡Monina! —exclamó Pedrito, separándose bruscamente—. La abuela te dice que se olvida el te.

Y mirando sus rostros animados les dijo:

(Continuará en el número próximo.)



Sección compuesta y redactada en París bajo la
 dirección de Madame Martine Renier
 redactora Jefe de la Moda
 en FEMINA de
 París

Crónica



UN BANILE DE

SOCHIEDAD



ACE poco, asistí a una fiesta encantadora
 que, en un elegantísimo salón, se daba
 para festejar el cumpleaños de una linda
 muchacha, hija de los dueños de la casa. Tan bello,
 tan lozano, tan alejado de la vulgaridad era el



tra, y que dan tanta gracia a la silueta de algunas jovencitas. Bien es verdad que la *robe de style* que hoy se lleva es algo más moderna que la de antes; ya su estilo no es «dieciochesco», sino *Restauration*, incluso *Louis Philippe*; *Doucet*, presenta algunos vestidos de este último estilo que son adorables: el cuerpo va muy ceñido y la falda forma abultados pliegues, en raso muy consistente. El cuerpo, ceñido y recto, que hace *Vionnet* es un poco más largo, y la falda, algo breve por delante, cae por detrás, casi hasta el suelo.

En la fiesta a que me refiero, una joven, amiga mía, llevaba un vestido de falla color de melocotón, de cuerpo ceñido; un volantito fruncido, de tul castaño, orlaba las breves mangas de farol. Unas cuantas grandes nesgas, de tul castaño,

LOUISE BOULANGER

Encantadora adaptación de la moda de mezcla de tejidos. Sobre un traje de crespón marocain negro con la falda fruncida al talle, «Louise Boulanger» ha colocado adornos de terciopelo verde en tres matices, de una elegancia muy de «gran modista».

conjunto que se ofrecía a mi vista, que en este momento, al disponerme a escribir esta crónica semanal, aquel recuerdo es el primero que acude a mi memoria. Créo que interesará a gran parte de mis lectoras, pues ya se acerca el momento de las fiestas y, por lo tanto, de las reuniones familiares.

Me sorprendió algo la gran diversidad de trajes y su complicada elegancia. Hubo un tiempo..., no muy lejano, en que, para un traje de muchacha sólo se admitía la absoluta sencillez. Parece que hoy esto ha cambiado bastante y he advertido una mezcla de estilos de una divertidísima variedad.

Y digo bien, «estilos», ya que las muchachas son ahora las únicas que se permiten llevar esas *robes de style*, amplias y largas, en que *Lanvin* es maes-



ALICE BERNARD

Vestido de crespón de China negro, con cintura bordada en azul, verde y oro. Unos «panneaux» redondeados van colocados sobre la falda lisa. Dos largas caídas penden desde el escote hasta el bajo del vestido.



cubrían, por partes la amplia falda. El conjunto era precioso.

He observado, en esta ocasión, que se inicia un retorno al empleo del tul. Desde hace algún tiempo, en vista de su extrema fragilidad, lo teníamos abandonado. Unicamente las hermanas *Callot* seguían haciendo esos vestidos con cien mil volantes, que nadie sabía realizar tan bien como ellas. Tan lindo tejido vuelve a utilizarse, pero se combina con encaje, de plata o de seda, y así, intercalado, el tul se arruga menos e incluso, en caso necesario, se reemplaza más fácilmente. En este estilo he visto dos trajes muy característicos: uno de ellos era de tul azul, sobre un viso de plata; la falda iba listada de entredoses de plata que formaban unas V, cuya punta subía hacia el talle. El cuerpo, de encaje de oro, llevaba en los hombros una echarpe de tul que cruzaba por delante y



DRECOLL

Abrigo de mucho vestir, de terciopelo heliotropo. Va entreabierto sobre unos «panneaux» bordados. El zócalo de piel, solamente va colocado sobre el terciopelo liso. Amplio cuello y anchos puños de «renard» negro.

WORTH

Originalísimo abrigo creado por «Worth» y que ha obtenido un éxito considerable. Es de terciopelo morado «obispo» con las mangas de «visón». Una larga echarpe de esta misma piel rodea el cuello y cae hasta abajo.



cuyos extremos colgaban hacia atrás, a los lados. El otro vestido era de tul rosa con infinidad de volantitos que iban pegados, por delante, solamente en la parte de abajo, y, por detrás, más alto. La línea resultaba muy juvenil. Una gruesa lazada, de tafetán formaba la cintura.

También el resurgimiento del tafetán se advertía en esta fiesta elegante. La festejada llevaba un traje de este tejido, en tres matices de rosa; el cuerpo era muy pálido, y, en la falda, los tres tonos formaban anchos rombos muy fundidos. El único adorno consistía en una rosa oscura en un hombro. En sus zapatos de plata, alrededor de la abertura, llevaba una guirnalda de rosas muy menudas, y en la muñeca, una pulsera de cinta, fruncida sobre



DRECOLL

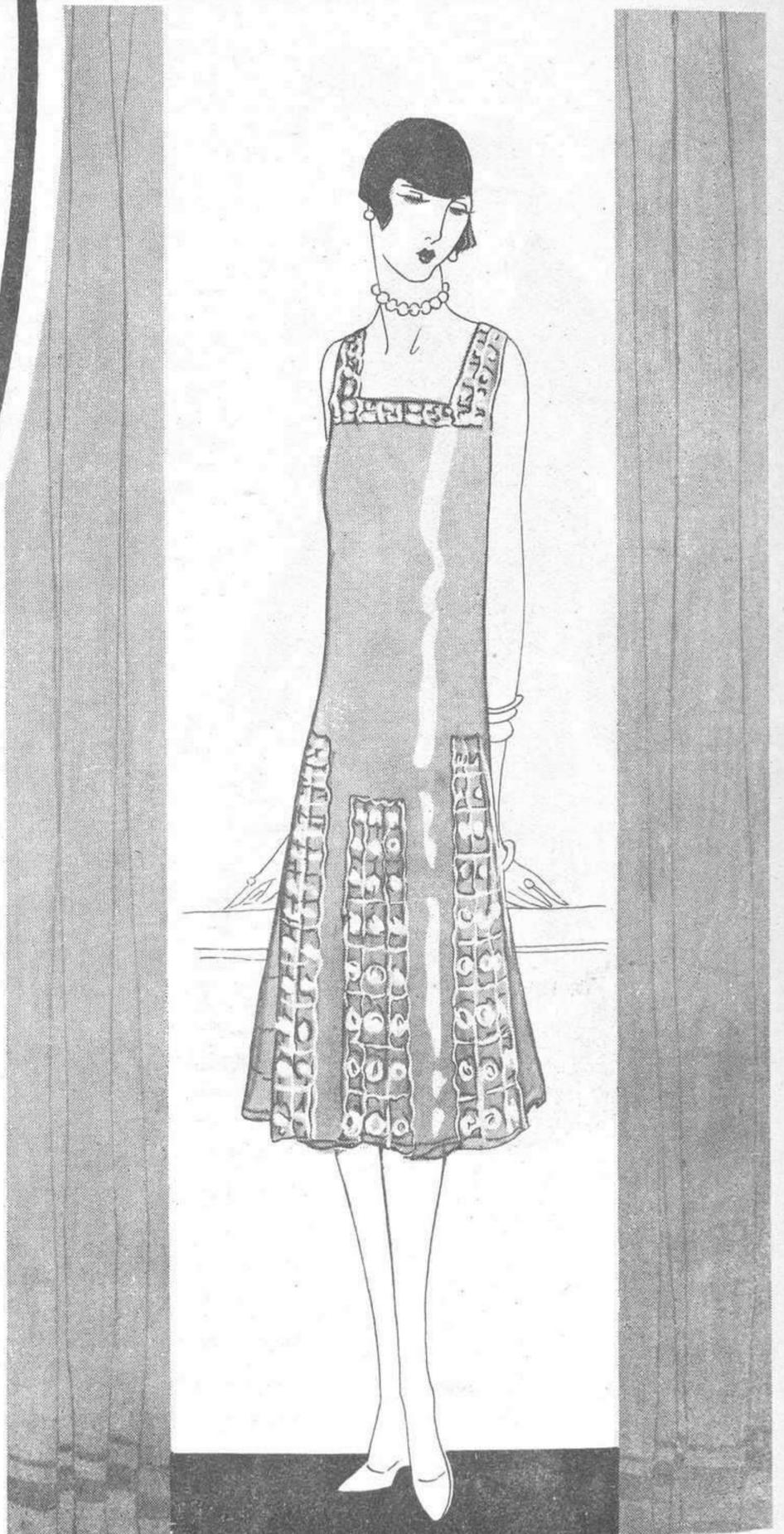
Vestido de felpa de seda rosa «drapé», tal como «Drecoll» lo entiende este año. Se ciñe estrechamente a las caderas y marca algo el talle. La «draperie» termina algo hacia atrás.

ALICE BERNARD

Vestido de crespón de China rosa, adornado con lentejuelas de nácar irisada, que forman en la falda altos «panneaux» y adornan el escote cuadrado. Es un vestido encantador, de línea juvenil, propio para muchacha o casada joven.

una goma, con una gruesa rosa de cinta en la que se ocultaban un espejito y una borlita de polvos.

Se veían muchos trajes de muselina de seda adornados con *lamé*; no, por supuesto, con *lamé* brochado, que resulta horrible para adornos, sino liso y, sobre todo, cintas de oro y de plata. Por ejemplo: un traje de muselina de seda azul *pervenche*, estaba enteramente adornado con volantes de la misma muselina, ribeteados con una cinta de plata que formaba una tenue línea brillante de un efecto encantador.

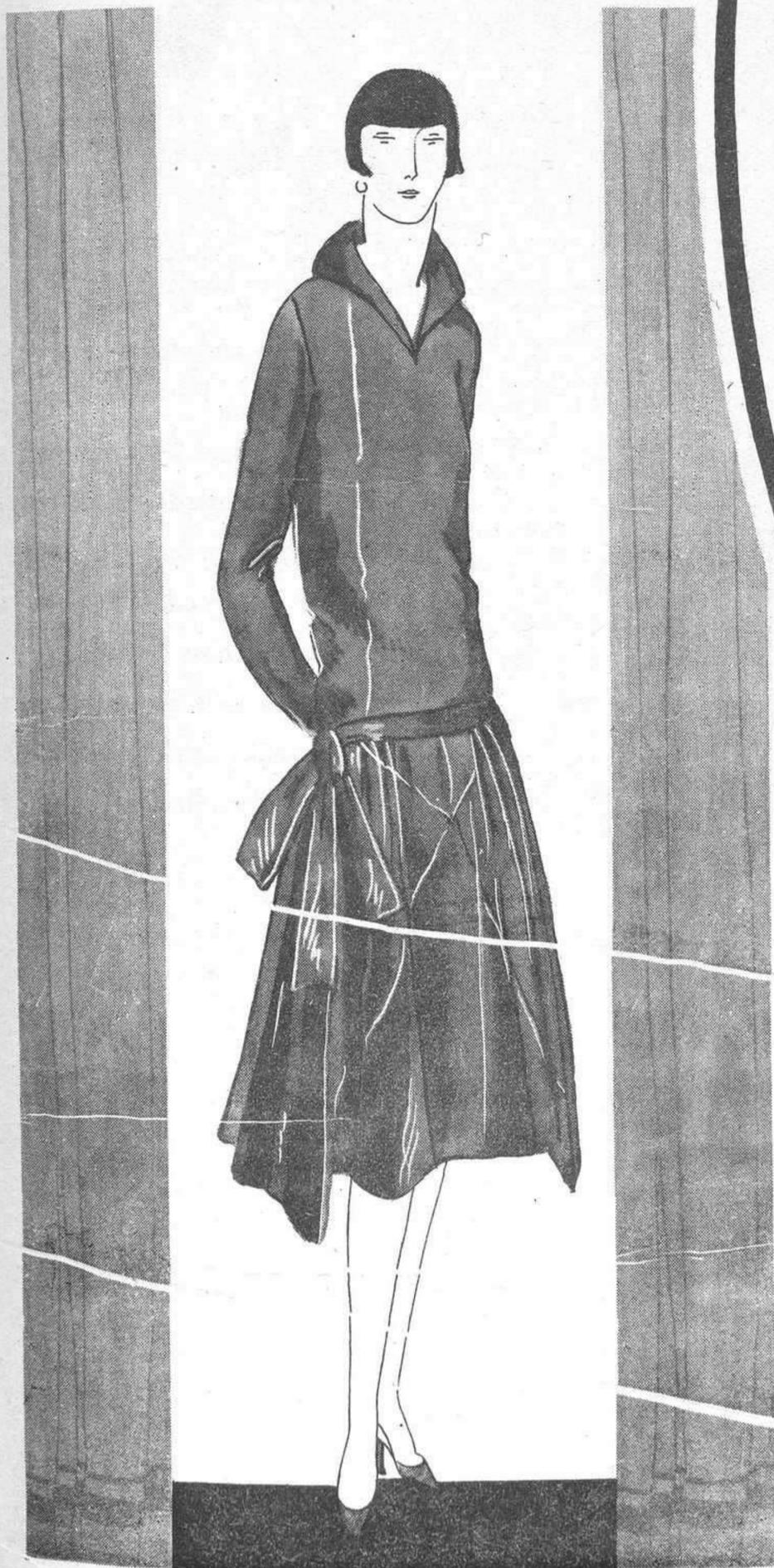




Otra muchacha llevaba un vestido de terciopelo rosa, recortado en *panneaux* ribeteados de plata, sobre un viso de *lamé* de plata. De plata también iban ribeteados el escote y las bocamangas. La cintura estaba formada por una ancha cinta de plata y cerraba con una hebilla.

La bellísima princesa de P. lucía un *foureaux* de *lamé* rizado, en plata y rosa, con un zócalo de *renard* rojo.

Respecto a los abrigos, advertí que muchas muchachas llevaban capas de piel de conejo blanco, imitación de armiño, o capas de ter-

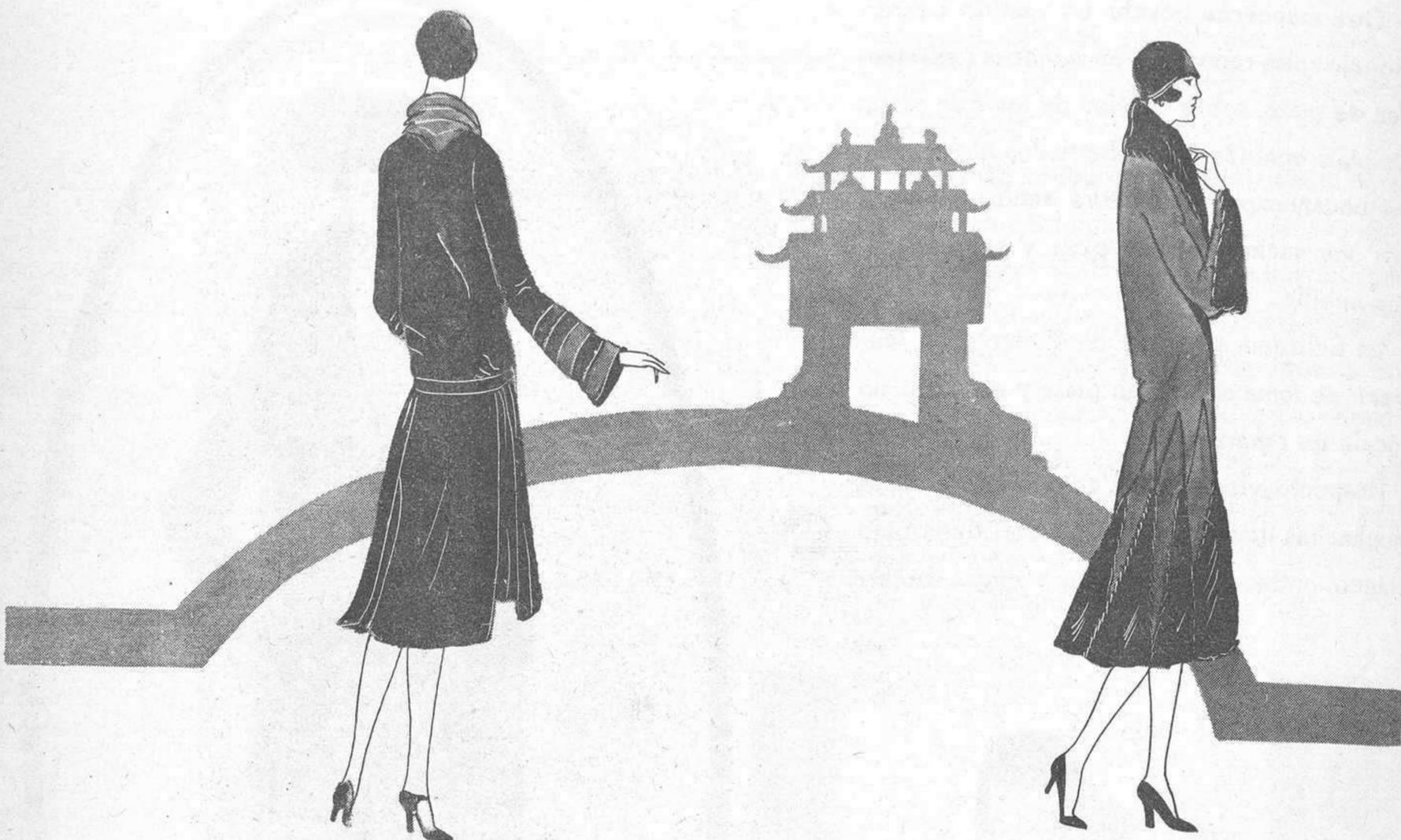


LOUISE BOULANGER

Otra combinación de tejidos de varios tonos, tal como le gustan a «Louise Boulanger». La falda, de raso, está compuesta de rombos postizos en diversos matices de verde «musgo», y el cuerpo, recto, es de raso también. El vuelo va colocado a los lados.

DÉILLET

Encantador trajecito «trotteur» de «kasha» verde almendrada, adornado con pespuntes de plata. Bolsillos en pico y grupos de tablas planas en la jaiúa. La blusa es de crespón de China, del mismo tono de verde, bordada en plata.



LOUISE BOULANGER

Precioso abrigo de terciopelo negro, adornado con tiras postizas y un cuello en punta, de terciopelo gris. Un «panneau» fruncido, mas largo a un lado que al otro, da vuelo por delante. Las mangas son amplias.

DRECOLL

A la derecha, abrigo de duvetina color avellana, adornado con canelones en pico, de piel de nutria. El corte de este abrigo es de una gran maestría y resulta muy interesante. La manga, con su alto medio puño que llega al codo, es también de una gran elegancia.

DRECOLL

Se hacen en nutria abrigos lindisimos; pero es preciso cortarlos con arte para evitar la vulgaridad. Este modelo, ceñido al talle y muy ensanchado hacia abajo, tiene un amplio cuello muy envolvente. Resulta a la vez sencillo y «chic».

ciopelo rosa o azul, forradas con esta piel.

Pocos adornos en las lindas cabezitas de pelo cortado. Si acaso, algún que otro *bandeau* de cinta de *lamé*, con dos rositas de cinta. En cambio, muchos largos pendiente antiguos, muchas perlas de fantasía y muchas echarpes de tul o de muselina de seda, bordeadas con una franja de piel.

MARTINE RÉNIER.

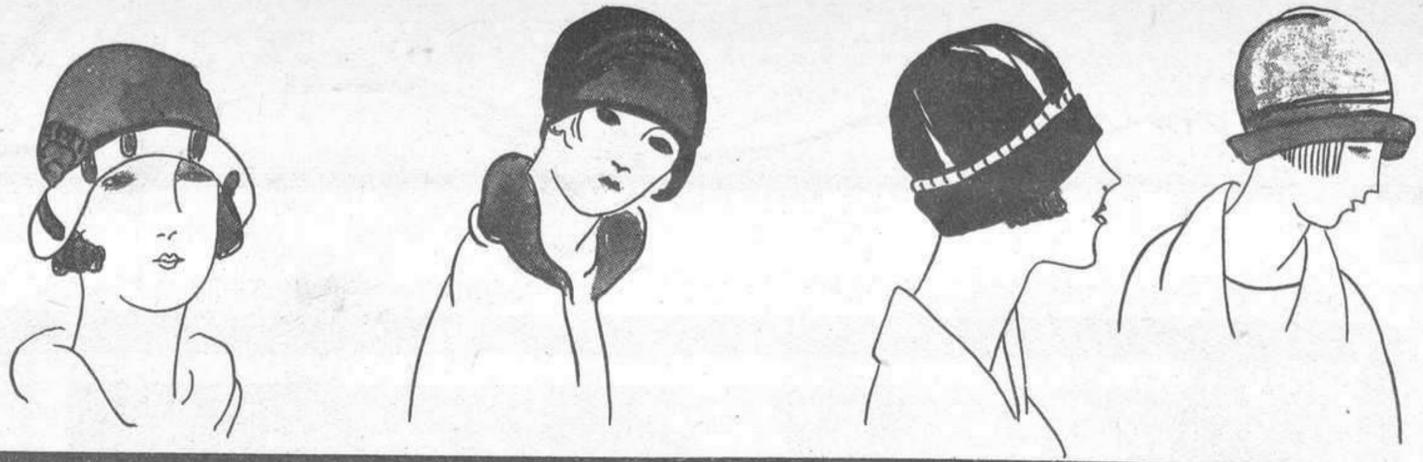




FOTO. LIPNITZKI.

POIRET

Este año, «Poiret» manifiesta una afición marcada por los adornos de piel de pelo muy largo. Emplea principalmente la piel de oseznó, de «moufflon» o la mongolia desrizada. De esta última piel, va adornado el adjunto abrigo de terciopelo negro. El cinturón, bordado en oro mate, sube por delante y cierra con una alta hebilla.



La Moda Infantil



AY que reconocer que no siempre es fácil la elección de un sombrero de niña. El casquete de ala vuelta les parece algo monótono, y la pequeña *cloche* nos coloca ante un terrible dilema: ¿No resultará demasiado «de vieja» para nuestras hijas? ¿O será que las mamás van demasiado «juveniles»? La dificultad suele sortearse con unos efectos de color bastante atrevidos. He aquí, por ejemplo, en la parte superior de esta página, y de izquierda a derecha: un sombrerito de terciopelo verde, con el ala de terciopelo blanco listado de respuntes verdes; una pequeña *toque* redonda, de terciopelo castaño, con una ancha vuelta de paño del mismo color, ribeteada de felpilla y colocada por delante; un sombrero *en quartiers* de terciopelo negro, adornado con un cordoncillo de plata rosada y un volantito de cinta de *lamé* en plata y rosa, y, por último, un sombrerito de terciopelo amarillo «oro viejo» con el ala de terciopelo castaño.



Trajecito de «drapella» verde pálido, listado con anchas franjas de terciopelo negro. La manga resulta encantadora con su volantito «en forma» saliendo de una tira de terciopelo. Corbata de cinta de terciopelo negro en el cuello vuelto.



Se hacen, en terciopelo azul, trajes de niña preciosos; pero es preciso, claro está, elegir pana inglesa, que es más resistente que el terciopelo de seda. Este modelo, de terciopelo negro, con sus dos canelones posizos y su cuello de crespón de China blanco, es de una graciosa sencillez.

Este vestido, de duvetina gris «elefante», tiene algo de vuelo «en forma» en la falda y va colocado sobre un chaleco de piqué blanco que se abrocha con botoncitos de nácar gris. El chaleco puede hacerse también en «ottoman» o en «crepe Georgette», plisado.



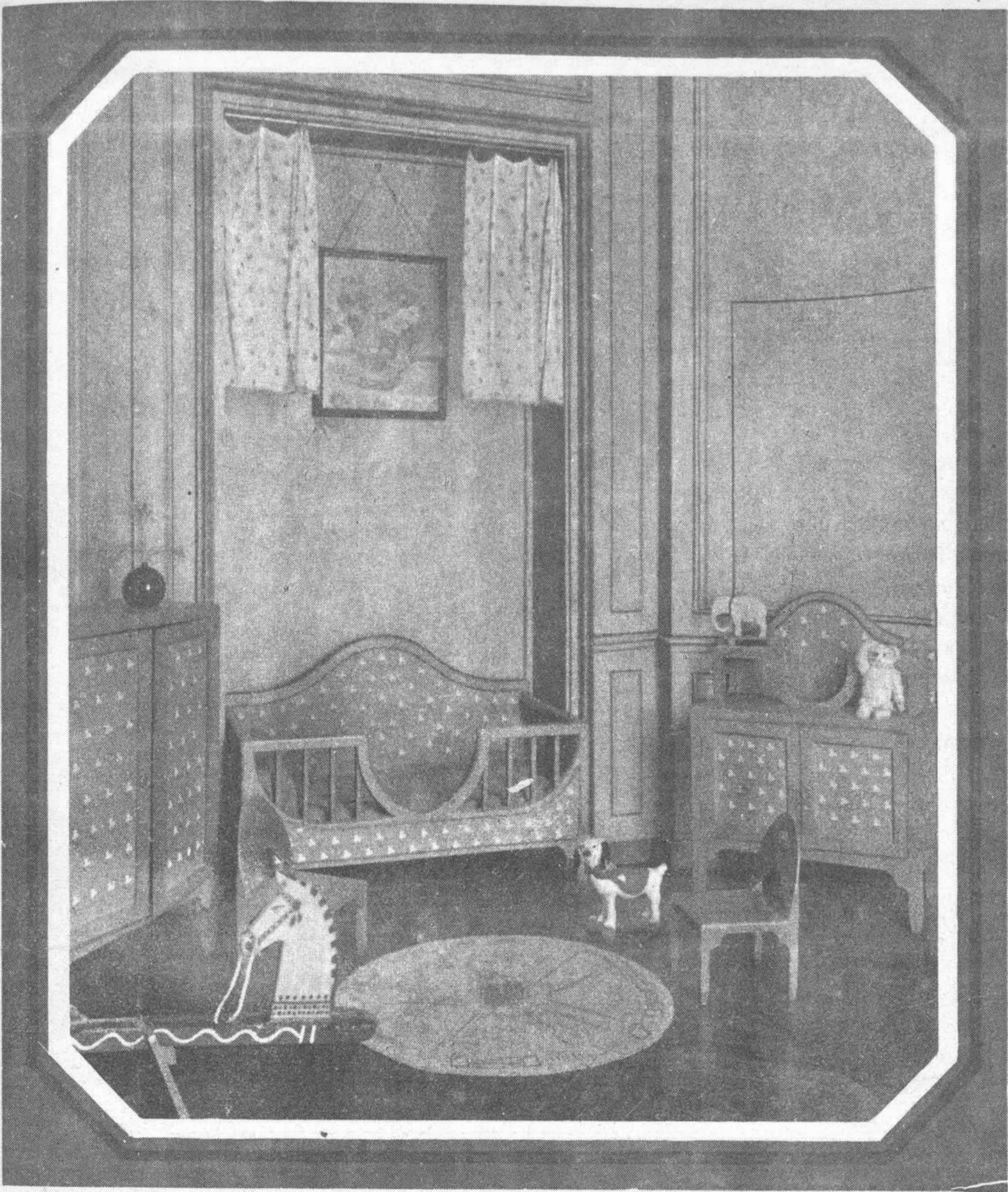
Para los pequeñuelos, una sencillez absoluta es siempre la más refinada de las elegancias. Este trajecito, fruncido en torno al escote, puede hacerse de terciopelo de raso «ouatiné» o de «kasha» en tono vivo, amarillo oro, verde crudo, rojo rabioso, con listitas azules.

Vi hace poco, en los «Champs Elysées», a toda una señorita de cinco años, vestida con este traje de terciopelo rosa pálido, adornado con cintas de terciopelo negro. Un cordoncillo de plata ribeteaba el cuellecito negro. El sombrero, de terciopelo negro, llevaba a un lado una escapela de plata.



Para ir a clase, se hacen, con dibujos escoceses, trajes encantadores, cuyo aspecto es fácil de variar gracias a las numerosas disposiciones a que se prestan las listas. Un cuello de piqué blanco y un ribete de galón liso o de tela, que sustituye al jareyón, dan al traje un grato aspecto, pulcro e impecable. El adjunto modelo puede hacerse en tejido escocés; pero no deberá olvidarse el ribete liso que quita a este traje, tan sencillo de hechura, toda vulgaridad.

Este traje bien pudiera llamarse el prototipo perfecto de los trajes de clase. Nada, en efecto, puede convenir mejor en las horas de estudio que esta hechura de gruesas tablas con su ancho cinturón de cuero. A fin de modernizarte algo, pueden hacerse el cuello y las carteras de cuero igual al cinturón: rojo, si el traje es azul; pardo rojizo, si el traje es de «kasha» verde, y blanco sobre cualquier color.



El Cuarto de los Niños



Los artistas decoradores modernos han prestado a los cuartos de los niños una atención especialísima.

La mayor parte de los numerosos ensayos que han hecho, son encantadores, pues el tema se presta, por su gracia peculiar, a infinitas interpretaciones.

Los frisos al *pochoir* sobre la pared son, por sí solos, una fuente inagotable de hallazgos graciosos; el indispensable armario para los juguetes, los demás mueblecitos pintados de colores fuertes, la lámpara eléctrica, todo, en fin, constituye para una madre un placer y una distracción.

La habitación que reproducimos hoy contiene el *mínimum* posible de fantasía. Es de una gran elegancia, con sus muebles lacados en azul claro y rameados con grupitos de rosas. El fondo de la cama, con su cortina de *taffetas* rosa, es de una discreta originalidad, y la forma de la cama es muy armoniosa.

En este cuarto, lamento la ausencia de un friso, pues los he visto adorables y muy fáciles de ejecutar. Por ejemplo: sobre papel gris, una *bergerie*, compuesta de una fila de corderos blancos, separados por árboles verdes.

El mobiliario también era verde, con borregos pintados.

Conviene escoger una pintura lavable.

Sobre la alfombra se colocan algunos almohadones, para que el bebé se siente.

Se hacen en *toile* de hilo, azul o amarilla, con grandes letras del alfabeto bordadas.

La pantalla de la lámpara eléctrica representará una jaula, en *toile* de seda, sobre la cual se trazan los barrotes, así como un loro que se destaque a modo de sombra chinesca.

Las costuras, lavables, serán de cretona, o bien de gruesa *toile* de hilo.

En una *nursery* he visto, sobre la alfombra, un cuadrado de la misma tela que las cortinas, con objeto de evitar el desgaste de aquélla.

La idea es feliz, si ese cuadrado está bien sujeto con unos plomos que se colocan en sus ángulos; también puede sustituirse por una estera abigarrada.

Otro día hablaré de las cunas, en las cuales se dan tantas pruebas de gusto y fantasía.

(Foto: O'Dové).

Equitación



ARÉCEME que el traje clásico ha recuperado terreno en París la pasada primavera. La falda es bastante corta: lo justo para que cubra el tobillo cuando la amazona está a caballo. La levita, semiajustada, cae sobre la cadera, y la corbata de caza va sujeta con un imperdible de oro.

Los colores deben ser del negro al gris plomo, con predilección por el gris oscuro.

Cuando hace calor, la levita se sustituye por otra de la misma forma, sólo que en *tussor beige* o en *toile* de hilo.

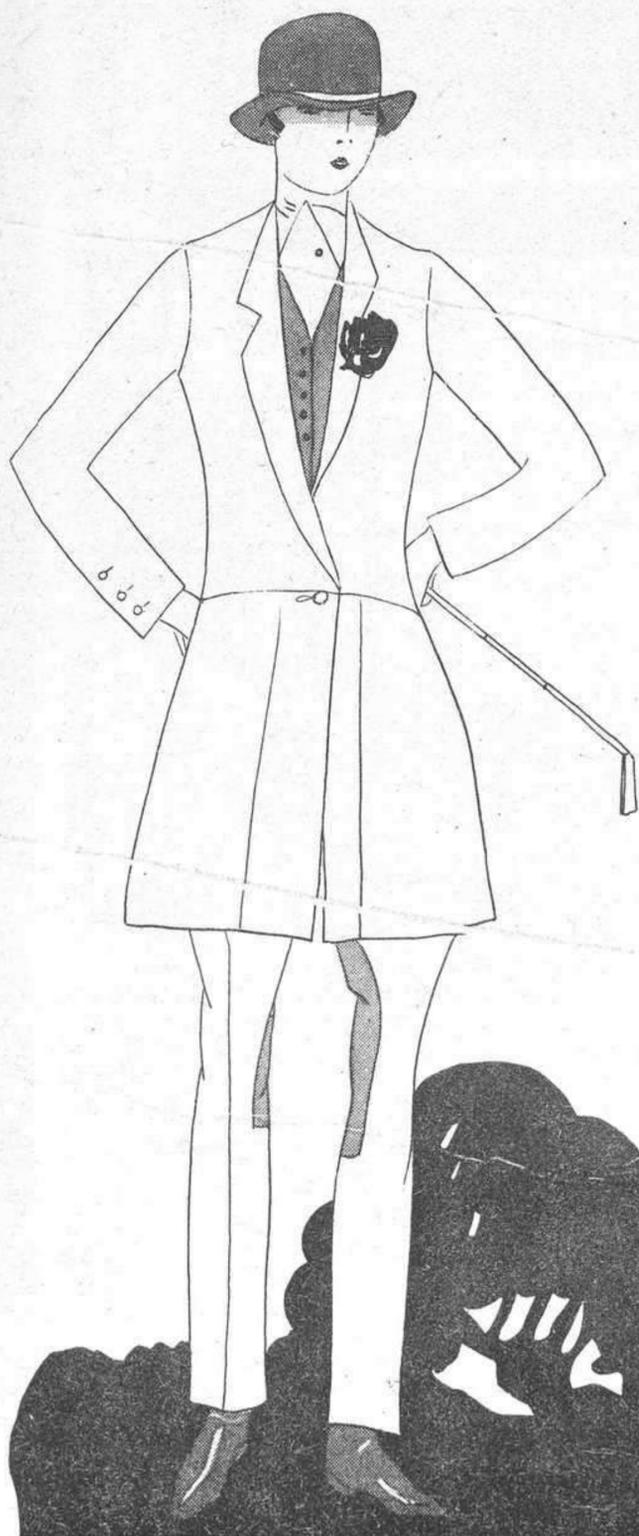
El sombrero preferido continúa siendo el hongo, de amplias alas, o el de paja, de la misma forma; pero yo he visto muchas amazonas que llevaban una sencilla *cloche*, que hubieran podido llevar también con traje de calle.

Los chalecos fantasía son de matiz claro, de pun-

En el Bois de Boulogne se ven con frecuencia muchachas que montan a caballo con este traje: falda y «culotte» de tejido inglés, gris oscuro; blusa «chemisier», de crespón de China, y corbata listada.



En estos momentos aparece una nueva moda: el pantalón ceñido sustituye a la «culotte» y las botas altas. Con este traje se lleva una corbata de caza y un chaleco de fantasía.



to, azul *France*, bordado de negro, rojo vivo punteado de negro, etc. Un clavel del mismo tono en el ojal.

No faltan otras amazonas *fantaisistes* que montan a la americana, es decir, con pantalones y una chaqueta sin mangas, que deja ver las mangas blancas de la blusa. Llevan, casi siempre, una chaqueta de punto, una blusa de linón blanco y un sombrero de fieltro blando.

Algunas prefieren la americana de color rojo vivo o *beige* claro, y tengo que declarar que en el campo este traje resulta precioso. Es práctico además, ligero, flexible, no molesta para ningún movimiento y desafía al calor. No tiene más que un inconveniente, grave a mi parecer: que para París es demasiado extravagante.

Las muchachas que quieren montar a horcajadas, se contentan aquí con llevar una levita abierta por detrás, que cae hasta la rodilla, dando un aspecto muy correcto y elegante para una silueta esbelta. Bajo la levita, llevan una blusa de crespón de China blanco, cuyo gran cuello blando está sujeto por una corbata *regate*. Todo esto es menos molesto que el atavío de la amazona clásica, sin dejar de ser sobrio y discreto.

Algunas reemplazan la blusa por el *chandail* de lana muy fina con el cuello vuelto. Confieso que no me gusta esta fantasía, que da al conjunto un aspecto demasiado *negligé*.

Desde hace algunas semanas he podido ver en el *Bois* algunas amazonas que han reemplazado los *breeches* por el pantalón largo muy estrecho. ¿Consagrará la moda este capricho? Pronto lo sabremos.



Caza

AMY LINKER

Traje de caza, a la vez gracioso y práctico. Es de gabardina impermeabilizada, azul marino, con anchos bolsillos. También resultaría encantador en gabardina «hoja seca», que es un tono más sufrido que el azul marino.

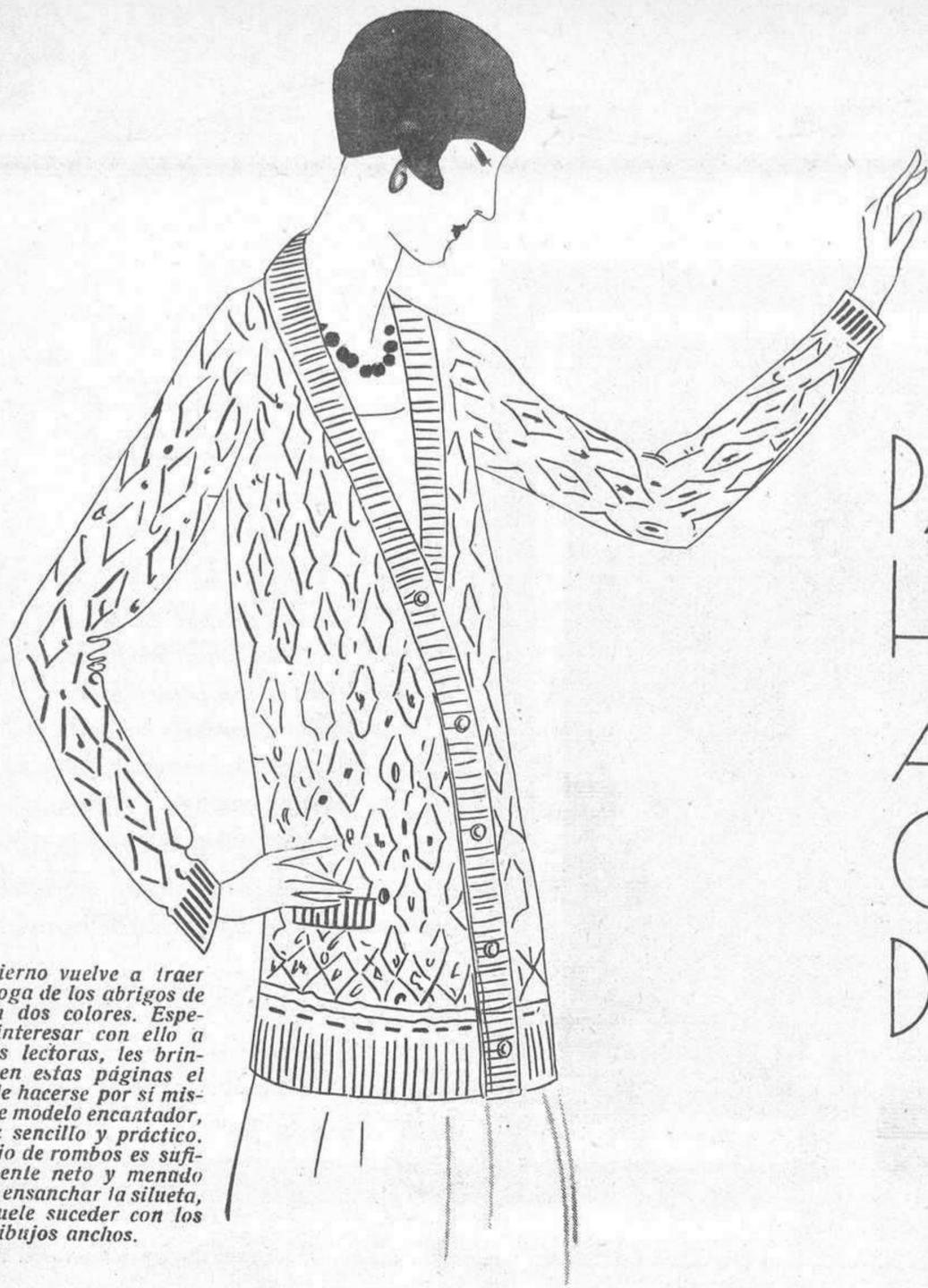
(Foto. SCLAIONI).



AMY LINKER

¿Puede soñarse una falda más práctica que ésta? Cruza sobre un «panneau» interior, provisto de una ancha tabla que aumenta su vuelo. De esta manera, todos los movimientos resultan a la vez fáciles y airosos. Es una excelente idea.

(Foto. SCLAIONI).



El invierno vuelve a traer la boga de los abrigos de lana en dos colores. Esperando interesar con ello a nuestras lectoras, les brindamos en estas páginas el medio de hacerse por sí mismas este modelo encantador, a la vez sencillo y práctico. El dibujo de rombos es suficientemente neto y menudo para no ensanchar la silueta, como suele suceder con los dibujos anchos.

PARA HACER UN ABRIGO CHALECO DE PUNTO

Talla 44-46.



MATERIALES necesarios: Seis madejas ocre, dos madejas azules, un juego de agujas núm. 4, dos imperdibles, un juego de agujas a 5, núm. 4, y un juego núm. 13.

Hacer 138 puntos para el ancho de la espalda en lana ocre.

Diez vueltas, dos puntos al revés y dos al derecho.

Dos vueltas de espiguilla, una al revés y otra al derecho, en lana azul.

Dos vueltas mismo punto, una azul, una ocre, una azul, etc... dos vueltas azules y dos ocre.

Dibujo explicado sobre un ancho de 25 puntos, teniendo cuidado de las uniones. Esto nos da el ancho de tres dibujos para la orilla y dibujo y medio para los rombos del juego del fondo.

1.^a vuelta. Una ocre, una azul, una ocre, una azul, una ocre, una azul, tres ocre, una azul, una ocre, una azul, una ocre, una azul, tres ocre, una azul, una ocre, una azul, una ocre, una azul, tres ocre.

2.^a Empezar de nuevo.

3.^a Tres ocre, una azul, una ocre, una azul, tres ocre, una azul, una ocre, una azul, cinco ocre, una azul, una ocre, una azul, tres ocre.

4.^a Empezar de nuevo.

5.^a Dos ocre, una azul, una ocre, una azul, cinco ocre, una azul, una ocre, una azul, una ocre, una azul, tres ocre, una azul, una ocre, una azul, cinco ocre.

6.^a Empezar de nuevo.

7.^a Cinco azules, siete ocre, cinco azules, siete ocre.

8.^a Empezar de nuevo.

9.^a Tres ocre, una azul, cuatro ocre, una azul, cuatro ocre, una azul, tres ocre, una azul, tres ocre, una azul, cuatro ocre, una azul, tres ocre.

10. Empezar de nuevo.

11. Una ocre, una azul, una ocre, una azul, tres ocre, tres azules, tres ocre, una azul, una ocre, una azul, una ocre, una azul, tres ocre, tres azules, una ocre, etc...

12. Empezar de nuevo.

13 y 14. Como las 9.^a y 10.

15 y 16. Como las 7.^a y 8.^a

17 y 18. Como las 6.^a y 7.^a

19 y 20. Como las 4.^a y 3.^a

21 y 22. Como las 2.^a y 1.^a

Hacen falta nueve dibujos de ancho y cuatro y medio de largo hasta que se termina el motivo de altura.

Rematar los nueve rombos del centro para el ancho del cuello, continuar los hombros uno después de otro, naturalmente, y dejar el segundo hombro metido en un imperdible para que no se escapen los puntos.



Esta es la nueva echarpe de moda que se llevará mucho para los deportes de invierno. Se hará en «kasha», o en punto de lana, pero en este caso es preciso hacerla muy ancha para poderla llevar doble. Los flecos de lana, son gruesos y largos; el conjunto debe ofrecer un aspecto muy voluminoso.



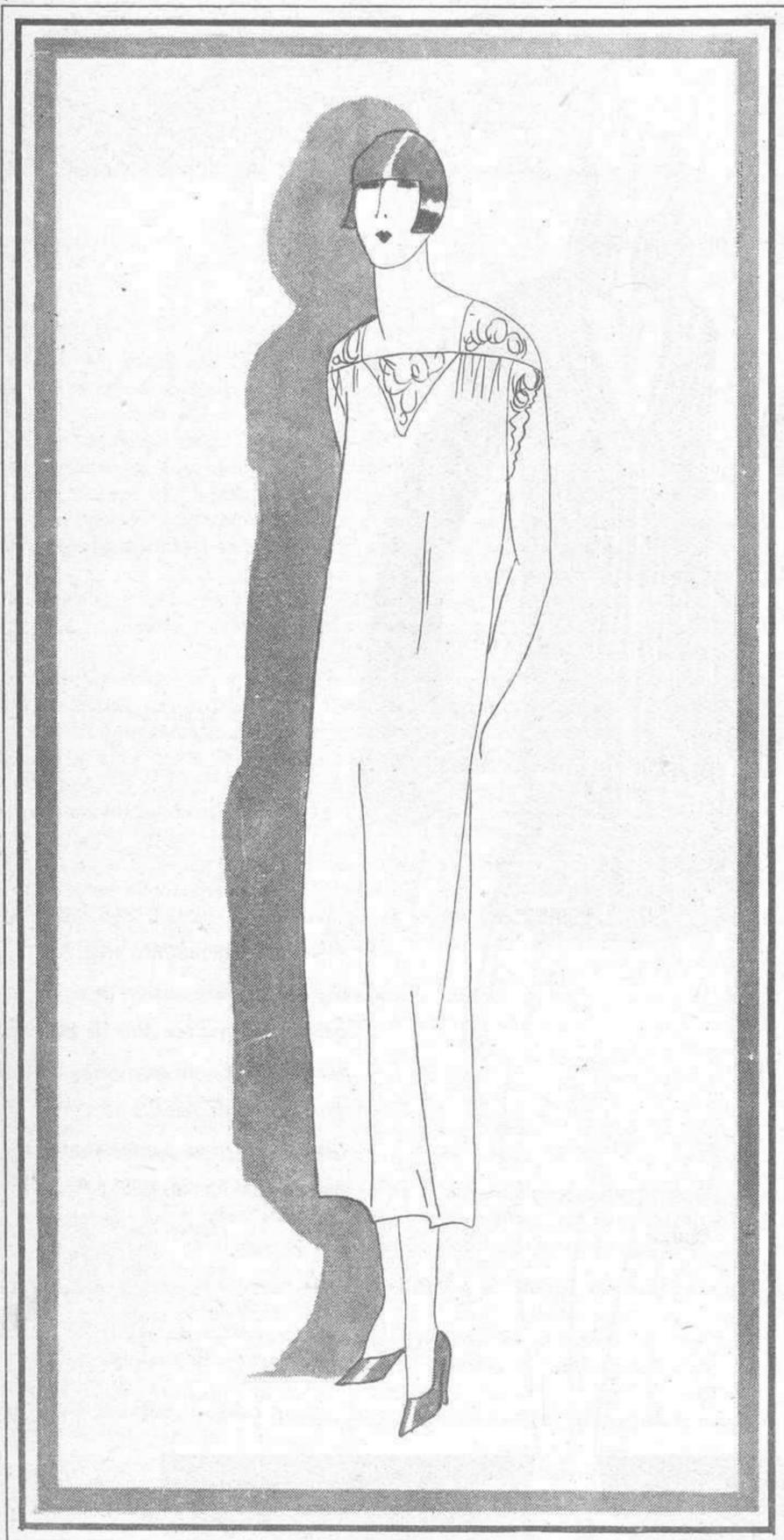
Abrigo de casa, de lana cuadrada, con un cuello y un zócalo de astrakán de lana negra, ribeteados con lana blanca. En la manga, lleva una franja con dibujos menudos.

Resulta muy mullido y de mucho abrigo este abrigo de casa, adecuado para los días de convalecencia. Es de terciopelo negro, listado de felpilla blanca, y lleva un forro de punto, blanco, que forma un chaleco por delante.

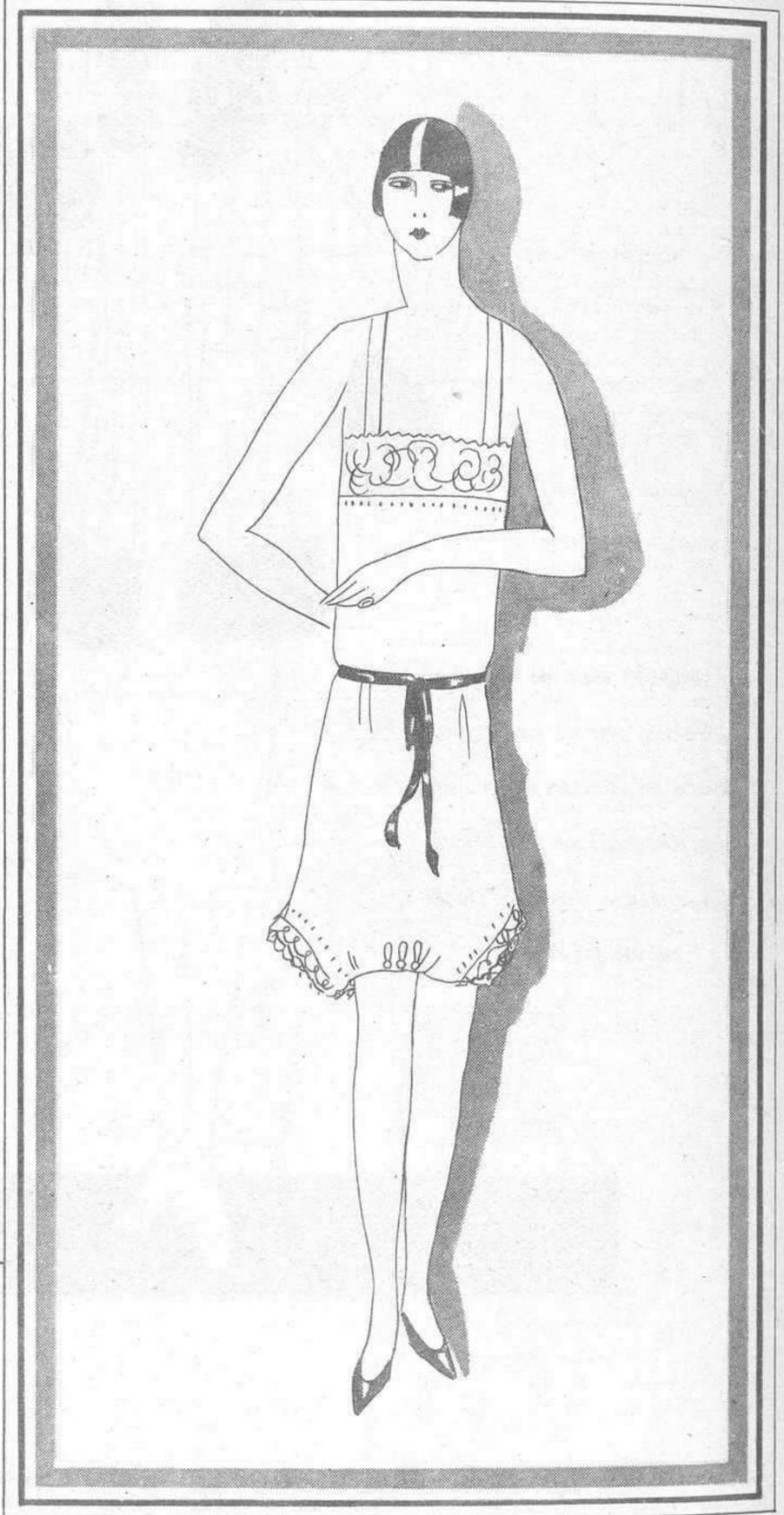
Estas vueltas lisas, después por el lado del escote aumentar un punto cada dos vueltas durante cuarenta y seis vueltas, lo que dará cinco dibujos de ancho .-. Continuar el delantero hasta el bolsillo, que nos dará ocho dibujos de alto .-. Poner en un imperdible veintisiete puntos de la sisa y catorce del borde, a fin de hacer la parte de encima del bolsillo con lana ocre, cuarenta vueltas del derecho y cortar la hebra .-. Volver a coger los puntos que se dejaron sobre los imperdibles, teniendo cuidado de poner tantos puntos como se dejaron para el bolsillo a fin de que en la parte baja del chaleco queden tantos puntos como había arriba, terminar los dibujos de la parte baja y la franja, como la espalda .-. Hacer el otro delantero .-. MANGAS.—Las mangas se hacen en redondo, con cuatro agujas, como los calcetines; los puños de canelones, dos al derecho y dos al revés. Sesenta puntos y treinta y dos vueltas en lana ocre. Siete dibujos de ancho y cuatro y medio de alto .-. Al borde de las mangas se hace una tira de punto liso, en lana ocre, de ocho puntos de ancho, y treinta y seis o treinta y ocho canelones .-. Hacer otras del mismo punto para los bolsillos y otra para el borde del chaleco, ésta de doce puntos, todas en lana ocre.



LA COSTURERA EN CASA



Camisa de noche, de linón «mercerisé», con triángulos de encaje de Cluny. Las costuras se sustituyen con unos calados de encaje, a los que van cosidas las dos orillas del tejido.



Camisa pantalón, en «toile» de seda rosa pálido y «valencienne», color ocre. Una cinta de crespón de China, lavable, pasa por los ojales abiertos a la altura del talle. Para el invierno, se hará este mismo modelo en punto de seda fina.



la mayoría de las mujeres les gusta hacerse ellas mismas la ropa interior. Es una distracción encantadora, que solamente exige un poco de paciencia y que constituye una economía notable.

No pocas muchachas, se hacen, aprovechando los ratos perdidos, un lindo trousseau, utilizando para su confección telas más finas y encajes más costosos que los que les pudieran ofrecer por un precio superior las costureras profesionales.

Pero existe un obstáculo primordial, que desanima a muchas principiantes: me refiero al corte, tarea delicada, para la cual algunas mujeres muestran una incapacidad absoluta.

Los dos modelos que hoy os presento suprimen esta dificultad, pues son de una sencillez punto menos que infantil; en ellos todo es al hilo, y de este modo no tendréis que luchar, al realizarlo, con los intrincados misterios del biés y de los picos.

Veamos, primero, la camisa de noche: cogéis dos «altos» de linón y los dividís de punta a punta, en el sentido de su anchura; después elegís dos triángulos de bordado o de encaje; las bases de estos triángulos forman el escote, y la tela va cosida en pliegues menudos a los otros dos lados de los triángulos, cuyas puntas avanzan sobre los hombros.

Un tercer triángulo se coloca por delante, para guarnecer la camisa.

Los dos paños de tela van cosidos por ambos lados hasta arriba; pero ha de dejarse una sisa bastante grande, a la cual se cose un encaje que forma la manga.

Este camisón es, a la vez, muy práctico y gracioso; se ciñe mejor a los hombros que la forma japonesa, y el vuelo que dan los pliegues de los lados le proporciona una caída perfecta.

Ví este modelo en los Vosgos, donde lo reproducían con toda suerte de variaciones; los triángulos eran, ya bordados a la inglesa, ya de encaje de Cluny. También los ví enteramente listados de calados a mano en una camisa de crespón de China; otra tenía sobre cada uno una florecilla incrustada a punto turco.

Se puede variar así hasta lo infinito.

El segundo grabado representa una camisa pantalón, también muy fácil de confeccionar.

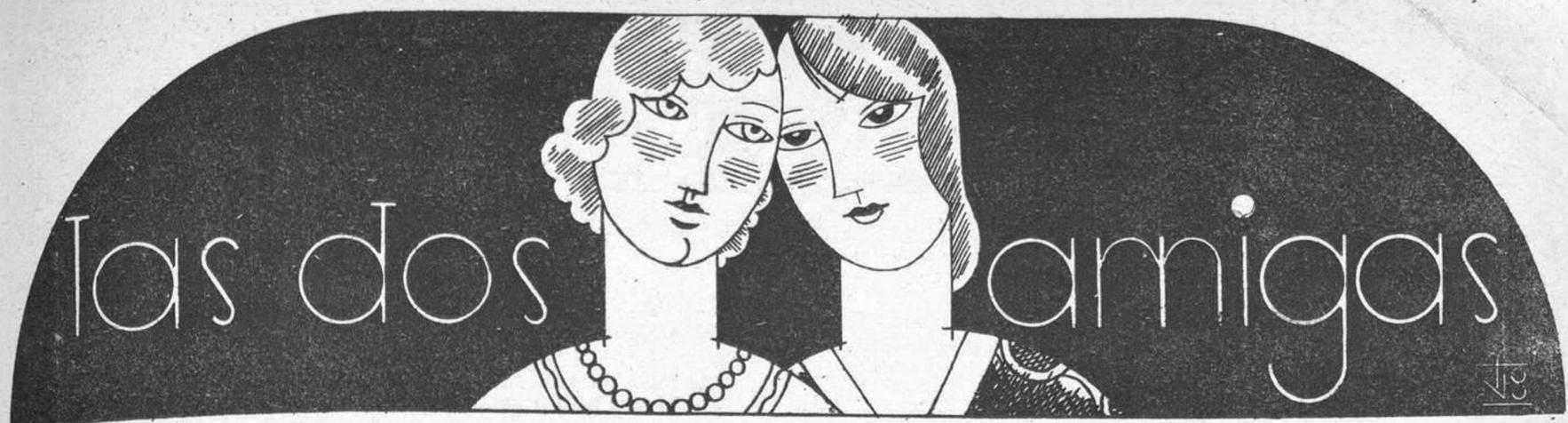
Un encaje ribetea la parte de arriba, que es recta.

La parte inferior está cortada al biés por ambos lados, ribeteados con una puntilla.

Los dos paños se unen en su parte inferior, para formar la culotte, por medio de tres botoncitos y tres ojales correspondientes.

Dos o cuatro ojales, hechos a la altura del talle, permiten pasar una cinta que mantiene la prenda en su sitio.

Las hombreras son de quita y pon, es decir, que se componen de una cinta con unos ojales, que se abrochan a unos botoncitos cosidos en el revés del encaje que bordea el escote.



NOVELA, por René Le Cœur.

(Continuación.)

Se entretuvo en leer la *Cote d'Azur*, buscando nombres de amigos en las listas de invernantes. Era una diversión, una especie de juego de sorpresas. A cada nombre conocido descubierto experimentaba una pequeña satisfacción.

—Toma, los Chanoy viven en el Façad-Palacé —dijo la señora Angerolle.

—¡La simpática Susana!, ¡qué gusto! —exclamó Odette.

Susana Chanoy, conocida de soltera por los Angerolle en Cabourg, y encontrada después, durante algunos inviernos, en los salones de París, se había casado por amor a los diez y nueve años. Era ya madre de una nena y de un nene. Entretenía mucho a Odette, atraída hacia ellos por el instinto que duerme en el fondo de todas las mujeres. Preguntó:

—¿Están Juana y Juan con ellos?

—Sí. Los señores de Chanoy e hijos.

En seguida se trató de calcular la hora de llegada del correo de París, a causa de las cartas de Mauricio y de Clara, esperadas con impaciencia. Después, el señor Angerolle leyó en voz alta todos los artículos interesantes de la *Cote d'Azur* y de los periódicos locales. Odette no se encontraba bien; sentía de nuevo un dolor en la espalda. Acabó por confesarlo.

—Me encuentro fatigada. Es a causa del viaje. Me voy a la cama.

De repente se encontró sin fuerzas para desnudarse. Deseaba ver caer a la vez todas sus prendas. Alzaba los brazos con cansancio. Pronto se metió entre sábanas y se durmió.

Una molesta tos, seca y fatigosa, la despertó varias veces. Tenía calor, mucho calor. Oyó a su madre que se acercaba con pasos amortiguados.

—Buenas noches, mamá.

—Duerme, duerme, hija mía. Toses mucho esta noche.

Pasó la mano por la frente de Odette, y se marchó callandito.

XIV

Sabina entró trayendo el almuerzo. Había luz en la alcoba; se distinguían todos los muebles y se adivinaba fuera una gran claridad.

—¡Mire, señorita! —dijo la doncella.

La tela anaranjada resbaló a lo largo de la barra de cobre, y una vez abiertas las persianas, apareció el mar azul, orlado de luz, el mar movable y reluciente sobre el cual se erguía el verde techo de una palmera de jardín.

Un rayo de plata entró en la alcoba, hirió los barnizados muebles, los espejos, los frascos que resplandecieron.

Ese feliz despertar es una dicha cotidiana de la que no se cansan jamás ni siquiera los viejos invernantes, los habituados de la *Riviera*. Se sabe que hará buen día, que casi siempre hace buen tiempo; la lluvia es una excepción, y, sin embargo, cada mañana se experimenta el mismo placer, la misma sorpresa, el mismo asombro ante las apartadas cortinas y la ventana abierta de par en par sobre las olas metálicas, tan brillantes, que parecen el inmenso espejo del sol.

Y la alegría entra en el interior de uno para todo el día.

Daban las once cuando Odette se encontró dispuesta para salir. Había estado en la cama hasta muy tarde. Había sentido una gran laxitud, una gran pereza para levantarse, una anticipación del esfuerzo que sería preciso para vestirse, peinarse, calzarse, ir y venir por la alcoba.

Ahora, después del baño tibio, la fricción con guantes de crín, y el reposo, había recobrado las fuerzas. Tomaron el tranvía para ir al centro de Menton.

Es uno de los placeres más vivos de un viaje el primer paseo a través de una ciudad nueva.

Parece que uno posee un alma nueva, un alma de niño para recibir las impresiones; y marchamos contentos, divertidos, interesados a lo largo de las calles. Entramos en las iglesias y museos, olvidando tras sí la vida monótona que se acaba de abandonar y, a veces, las penas que nos echaron de casa, las preocupaciones que siempre se encontrarán de nuevo demasiado pronto y que han quedado allá abajo, por el pronto. Se marcha con los sentidos excitados, afinados por el espectáculo de las cosas, felices de ver otras gentes, otros sitios, otros países y satisfechos al respirar los olores de otros lugares.

¡Oh! ¡La alegría de los viajes! ¡La alegría de ser un pasajero, un desconocido entre los hijos de los hombres, y vivir sin afectos y sin contradicciones, al capricho de una fantasía independiente y vagabunda!

Odette y sus padres se detuvieron ante todos los escaparates de

las calles de San Miguel y de Partonneaux. Les asaltaba el deseo de hacer compras. Entraron en la tienda de objetos de concha y marfil. Examinaron cepillos; el tendero se los enseñaba con una complacencia excesiva y verbosidad meridional; disminuía sin cesar el precio, «para arreglar al cliente», según decía él, queriendo significar con esta frase extraña que estaba dispuesto a llegar a un arreglo. En la tienda de «Maderas del País», Odette compró dos marcos de maderas incrustadas, según el gusto italiano, de hojas de acanto y de quimeras.

Odette pensó que visitaría de aquel mismo modo las tiendas, en compañía de Mauricio, durante su viaje de novios a Italia.

A la vuelta atravesaron los jardines de Menton.

Forman un inmenso paralelogramo de cuadros, limitados por verjas bajas. La serie de arriates se desarrolla en dibujos geométricos, poniendo en medio de la ciudad la alegría de los claveles y rosales. Véase por una parte la decoración de las montañas grises y peladas sobre el cielo azul, y por otra, en el extremo del paralelogramo, el quiosco de la música, en medio de los árboles, y el Mediterráneo.

Siguieron la Avenida de Félix-Faure, bajo los plátanos despojados de hojas en aquella época del año. Los escaparates de las joyerías y, sobre todo, los de las sombrereras y modistas, detuvieron a las dos mujeres. Examinaron competentemente los vestidos de lana y los sombreros de violetas de Parma, que allá constituyen lo tradicional en los escaparates.

Se convino en que Odette se probaría uno de aquellos lindos vestidos de lana blanca, con una *écharpe* de igual tono y de la misma tela.

Siempre había sido coqueta; pero lo era mucho más desde que conocía a Mauricio. Se esforzaba en crear un conjunto para cada vestido y escogía con cuidado el matiz de la tela, de las medias, del sombrero, de los guantes, del bolso. Sabía que estaría bonita de blanco, y al regresar a casa, ya combinaba todos los elementos de un conjunto seductor para aquella estación de invierno.

—Quizá encontremos cartas —dijo.

El cartero no había llevado nada.

Esperaba cartas, pues estaba impaciente por recibir noticias de Mauricio, lo mismo que de Clara. ¿Qué se habrían contado los dos después de marchar el rápido? ¿Qué pensaría ella de su novio? ¿Y él? ¿Qué elogio habría hecho de ella? ¿Qué habría adivinado, comprendido y deducido el instinto femenino de Clara? Ella no estaba enamorada. ¡Quién sabe cómo juzgaría a Mauricio! Odette lo leería entre líneas.

Después de almorzar, la señora Angerolle y su hija fueron a casa del doctor Vernet-Delaroche, pequeño, moreno, elegante.

Vivía en una *villa* retirada en el fondo de un jardín de rosales. Vivía allí todo el año con su linda compañera, una *mentonesa*, casada por amor, y sus dos niños. Llevaban los cuatro una existencia feliz y apacible al sol de la *Riviera*, porque poseían algunos bienes y la clientela de los invernantes producía mucho.

Recibió con marcado interés a una enferma enviada por el doctor Bougogne.

¿Qué había dicho el maestro? Vernet-Delaroche hizo contar la consulta, explicó luego, con todo pormenor, el tratamiento que había que seguir y prometió vigilar los efectos.

Este primer día se deslizó rápidamente.

Las horas después de la comida parecieron aburridas a la joven. Dijo, preocupada como todas las mujeres, por las ideas de los trapos:

—Mañana, mamá, si quieres, iremos a comprar la seda crem para hacer un abrigo parecido al que hemos visto.

Se puso a hacer solitarios. Alineó las cartas inglesas metódicamente. Divertida por los pelos, perfiles angulosos y los ojos de los caballos de madera de las figuras, dijo en voz alta:

Tendremos que alquilar un piano.

Se calló.

Su madre dijo:

—Parece que esta noche estás muy fatigada. Deberías marcharte a la cama.

—Es verdad. No acabo de reponerme del viaje.

Y así lo creía verdaderamente, olvidando que sufría ya antes de salir de París. Quizá el mal iba haciendo rápidos progresos. Acostóse, tristemente, asombrada de encontrarse cada noche tan cansada, de tener tanta pereza para levantarse, de llegar tan rápidamente al agotamiento de sus fuerzas en cuanto daban las cinco de la tarde. Y de nuevo, la misma inquietud ya sentida en la sala de espera de Bougogne, asaltó a la joven, que murmuró, mientras se metía entre sábanas: «¡No es nada divertido no ser como las demás!»



XV

Se aburría sola en la nueva alcoba. Hubiese querido hablar con alguien, por ejemplo, con su amiga Clara, que vendría a sentarse al pie de su cama y a charlar con ella todas las noches. Pensó: «Cuando esté casada, tendré a Mauricio.»

Había abierto un libro. Lo puso encima de las rodillas levantadas, que formaban una gran joroba en medio de la cama. Permaneció largo tiempo de aquel modo, las pupilas inmóviles, sin leer ni moverse; de vez en cuando tosía un poco.

El cartero trajo al día siguiente dos cartas: una de Mauricio y otra de Clara. Miró el primer sobre, que era blanco, muy grande, de papel grueso y llevaba el grabado en relieve de una corona roja de príncipe. Experimentó una pequeña satisfacción de vanidad en manosear y examinar aquel grueso sobre. La carta llevaba en mitad de la primera hoja, y en lo alto, la misma corona roja. Sólo los *parvenus* y los reyes emplean papel de cartas y coronas de aquellas dimensiones. Mauricio había escrito solo unas cuantas líneas frías y correctas, como las que se envían por obligación a parientes a quienes se tiene poco cariño. Hablaba bien; sabía decir cosas bonitas, pero no sabía escribir.

«Mi querida Odette: Espero que habrás tenido un buen viaje. Enviame un telegrama dándome noticias de tu salud. Ya pienso en la alegría de verte, porque el jueves salimos para Monte Carlo. Hemos tomado ya las camas en el tren de lujo, y el sábado podré ir a Menton. Sigue escrupulosamente las prescripciones de Bougogne y de Venet-Delaroche. No cometas imprudencias. Verdaderamente el tratamiento es un poco fastidioso; pero piensa en el hermoso viaje que los dos haremos por Italia cuando estés curada.

Mis respetos a tus padres. Mi pensamiento está siempre contigo, mi querida Odette, y las horas me parecen muy largas desde tu marcha. Con todo el afecto de tu Mauricio.»

Rebujó la carta. De pronto no retuvo más que una cosa y es que iba a venir. Después pensó que Mauricio escribía bien corto. Le disculpó. Sin duda estaba ocupado en los preparativos del viaje. El príncipe le esperaba quizá, o le había mandado llamar mientras el pobre Mauricio escribía la carta. Odette descubrió en seguida en las tres últimas frases toda clase de ternuras y de intenciones, en las cuales el propio autor no debió pensar. Porque no se leen jamás las cartas, y sobre todo las cartas de amor, con la misma intención con que fueron escritas.

Clara escribía más extensamente.

«Mi querida Odette: El señor de Ansauvillers acaba de dejarme. Había insistido amablemente para acompañarme hasta casa. Dentro del coche hemos hablado de tí, de tu salud, del género de vida que llevarás. Espera que la estancia en Menton te sentará bien. Movía la cabeza diciendo: «Odette, como la mayor parte de las muchachas de su clase, van a los bailes, a los teatros, a las reuniones. Se acuestan después de las doce todas las noches, y a veces mucho más tarde, y se encierran en los salones de te, en las salas de conferencias, en toda clase de sitios malsanos y llenos de polvo, a la edad precisamente en que tendrían necesidad de reposo, de sueño y de aire libre.»

«Hablabas como un profeta. Le he preguntado si te prohibiría todas estas cosas cuando fueses su esposa. Ha sonreído, y me ha contestado: «¡Oh! ¡Yo no seré jamás un marido tirano!» Ya estás advertida. Comprendí que me lo decía para algo. Y ya he cumplido el encargo. Pero añado en forma de comentario: todos los hombres hacen promesas semejantes antes de casarse.

«Por lo demás, creo que si no cumple del todo las tuyas, si se acuerda un poquitín que la mujer debe obediencia a su marido, tú no se lo tomarás muy en cuenta, porque el señor de Ansauvillers es seductor, simpático y muy amable.

«Me ha dejado frente a casa. Es aún demasiado pronto para acostarse. ¡Qué largas se me harán las noches sin tí! ¡Cuánto quisiera reunirme contigo y vivir junto a tí en ese hermoso país!

«He ido a buscar en el fondo de un cajón tarjetas postales enviadas por mi hermana cuando su viaje de bodas. He aquí el paseo de la *Croisette*, los jardines públicos de Niza, un *tennis* de Menton. En todas ellas se ven palmeras. Me hacen pensar en el país del Sol, en las costas del Mediterráneo. Pienso con melancolía que probablemente no tendré jamás ocasión de realizar un viaje de boda por esos países, que me moriré soltera sin haber visto la Costa Azul. Quizá cuando me quede sola y tenga el pelo blanco quiera ir a acabar mis días frente al «mar azul»

«Perdóname que turbe tu dicha con mis tristes reflexiones. Oigo cómo la lluvia cae dentro de mi corazón.

«Si por lo menos fuese bonita o tuviese simplemente buena figura o una especie de «belleza del diablo», podría tener la esperanza de encontrar un marido... Pero soy fea... sí, sí, mi querida Odette, tú, como siempre, protestas cuando digo esto. Soy fea, es más, soy algo peor: soy insignificante. Y mi dote es también insignificante: diez mil francos.

«Escribeme a menudo. Enviame vistas de Menton. Cuéntame la vida que llevas. Da recuerdos a Mauricio, que no tardará en re-

unirse contigo, y a tus amables padres, siempre tan cariñosos conmigo.

«Sé feliz, querida Odette, y recibe miles de besos de tu Clarita.»
—¡Pobre Clarita! —exclamó Odette plegando la carta y corriendo hacia su madre:

—¡Mamá! ¡Mauricio llega!

—¿Cuándo?

—¡El jueves! Con el príncipe. Vístete, mamá. Vamos a comprar el traje blanco.

Casi todos los días hay que salir de compras por las mañanas en las ciudades termales y estaciones de altura. Y de diez a doce, las calles de Menton están llenas de invernantes que, con el bastón en la mano, van a la farmacia, a la tienda de antigüedades, a la perfumería, a casa de la modista o a la del librero.

La señora Angerolle y su hija tomaron de nuevo el pequeño tranvía que va junto al mar, atraviesa la ciudad vieja y deja la mayor parte de los viajeros en la plaza de San Roque, frente a los jardines.

Hicieron sus compras. La señora Angerolle dió sus señas. Y se fueron a sentar en torno del quiosco de la música, esperando la hora del almuerzo.

Es la hora elegante, la hora agradable del día; Menton es una pequeña ciudad del todo correcta.

En Menton las colonias parisién y francesa son selectas. Las *toilettes* son discretas y de buen gusto. Se está entre gente bien educada. Se conocen, por lo menos, de vista. Se comprende que poco más o menos, pertenecen a la misma clase. La mayor parte de los invernantes vuelven durante varias temporadas. Se encuentra con gusto caras conocidas, señoras solas que hacen una curación de reposo, jóvenes mamás con sus niños, matrimonios, familias.

La señora Angerolle y Odette buscaron con la vista dos sillones en el paseo del Mediodía.

Desde allí veíase toda la bahía entre el magnífico cabo Marbisi, y allá lejos, lejos, el espolón blanco luminoso de Bordighera. La música volaba por encima de los jardines. Ante el brillante mar, en cuyas aguas centelleaba el sol, los trajes claros y los sombreros multicolores formaban a modo de *parterre*. En torno del quiosco extendíase una especie de lindo jardín de mujeres.

Odette vió a dos minúsculos escoceses rubios, de piernas desnudas, dos chiquillos, hermana y hermano, vestidos, por un capricho maternal, con falda corta y gorra con lazos.

—Mira, los chiquillos de los Chanoy.

Y corriendo hacia ellos, los llamó, y besándoles, les preguntó:

—¿Dónde está mamá!

Cada uno de ellos agarró una mano de la joven, y tiraron de ella en medio de los espectadores que se reían.

—¡Susana!

—¡Odette!

El señor Chanoy se puso en pie, saludando a los Angerolle. Después, los cuatro se instalaron en círculo, en sus sillones. La madre explicó las causas de su estancia en Menton. Odette anunció su próxima boda con el doctor de Ansauvillers.

—¿Se casa usted? —preguntó Susana—. Hace bien. No hay nada como el matrimonio para encontrar la dicha, cuando se llevan bien.

Echó una tierna mirada sobre su compañero. Era un joven rubio, de cara llena, saludable. Nada más que al verles mirarse se adivinaba que se gustaban y que eran felices. El contó que habían ido a Menton a pasar el invierno. Niza no les gustaba. Preferían Menton y sus lindos paseos. Hacían excursiones muy bonitas en burro, con los nenes. En su mismo hotel vivía una amiga suya, la señora Guillaume, una viudita muy mona:

—¡Qué tiene unas ganas grandes de volverse a casar! —añadió Susana.

Y volviéndose hacia la señora Angerolle, siguió diciendo:

—Si tiene usted algún candidato entre sus relaciones, puede usted presentarlo a Marta Guillaume, que va usted a conocerla en seguida. Ha ido de compras y debe reunirse aquí con nosotros.

La joven añadió a modo de información:

—Es viuda de un ingeniero; tiene veintisiete años y una bonita posición: veinticinco mil libras de renta. Es formal, agradable y deliciosa en extremo. Nosotros quisiéramos casarla. Haría la felicidad de un hombre.

Susana añadió:

—Vamos a formar una pequeña *banda*. Será muy divertido. Su prometido se unirá a nosotros, ¿verdad?

—Claro que sí. ¿Cuándo empezaremos las excursiones en burro?

No tuvieron tiempo de organizar la expedición, porque llegó la señora de Guillaume. Pertenecía a esta encantadora clase de mujeres que no producen efecto de repente, que seducen poco a poco, y cuyos atractivos se van descubriendo uno tras otro. Hay *falsas insignificantes* como hay *falsas delgadas*: unas y otras son las más agradables. Era preciso examinar atentamente a la señora Guillaume para descubrir sus perfecciones.

(Continuará en el número próximo.)

MUJER tiene siempre espacio reservado para honrarse publicando cuantas producciones literarias le envíen sus lectoras.

¿Modernismo?

CARTA

A quien sea y a donde se encuentre.

Señor Don N. N.

Muy señor mío: Ojeando unas revistas «Helios», he encontrado en la del mes de mayo del año pasado el anuncio que insertó usted para tener correspondencia con una joven española.

Es algo difícil que después del tiempo transcurrido no haya conseguido su objeto; pero no tiene que ver, yo le escribo a usted porque pensarlo y hacerlo todo ha sido uno, y dicen que lo primero que se piensa no debe nunca dejar de hacerse. ¿Cree usted lo mismo?

Al mismo tiempo me sirve de distracción, estoy aburridísima, o mejor dicho, de muy mal humor. Tenía grandes deseos de ir esta tarde al teatro, a ver *Cuando florezcan los rosales*, del sutilísimo Marquina, y he tenido que resignarme y quedarme en casita, porque a nadie le ha venido bien acompañarme. Este incidente y otros muchos parecidos me han sugerido la idea del por qué no hemos de poder ir las mujeres solas al teatro. ¿Qué mal hay en ello? ¿Es que molestaríamos a alguien? Yo creo que no. Y por mi parte, prometo formalmente para cuando se nos conceda esta libertad, estarme muy quietecita en mi butaca y no mirar más que al escenario. En esa dichosa Francia, sin percibir toda la libertad norteamericana, ya lo van consiguiendo. Claro que al principio sería una cosa extraordinaria; pero ya nos iríamos acostumbrando, y las solitarias, las que nos tenemos que quedar sin asistir a los variados espectáculos, ¡cuánto se lo agradeceríamos!

A usted me parece que le interesará muy poco esta expansión mía; pero es que encaja muy bien con mi decisión de escribirle sin ton ni son.

Estoy buscando hace miles de años un amigo; pero no lo encuentro. Al principio, muy bien. ¡Oh, la amistad! Todos terminan igual: a los dos meses todo es amor, y se acabó la amiguita. ¿Cree usted que puede confundirse el amor con la amistad? Yo, no.

Me hace usted gracia. Pide usted demasiado. Conducta irreprochable (que deja de serlo cuando se lanza a escribir a un caballero sin conocerlo; bueno, esto es a los niños, que yo no lo critico). Buena instrucción, poseyendo varias lenguas..., (?) (con la suya, que la tenga bien..., ¿eh?, es bastante). Que tenga buena presencia y buenas costumbres (como las de no meterse el dedito en la boca, ni repetir muchas veces: mi papá, mi mamá..., como las muñecas de ocho duros). ¡Pero todo esto en una amiga no debe buscarse! ¿Qué más le da a usted que sea bonita o fea, que tenga esta o la otra costumbre?

¿Lo que usted busca no es solamente amistad por correspondencia, cambio de ideas y el saber, que lejísimos de su patria, pueda haber un alma que late al unísono con la suya? Esta ilusión que nos proporciona la distancia no debemos nunca acortarla, puesto que nos hace saborear las más extrañas confidencias, que *tete a tete* nunca las descubriríamos.

Déjese de buscar bellezas corporales en la amistad. Alguna que no se cuente como guapa se habrá detenido al escribirle, creyendo, sin duda, ser rechazada; y si alguna vez se encuentran en la vida, acéptela tal como sea.

Si quiere guardar incógnito —dice—, fírmese tomando el nombre de una flor, y a ello se le contestará. ¡Oh, amiguito! Esto me va gustando. ¡Qué romántico! ¡Qué intrigante! Así, ¿qué flor prefiere? ¿La camelia, la rosa de Alejandría, el nardo?... Elija, amigo, elija; lo dejo a su elección. A mí todas me gustan, y si cojo una, la otra me gusta más.

El mal humor parece que se va marchando; pronto lo voy a dejar, porque mi estado normal me reprocharía este esparcimiento. Si simpatizamos, seguiremos nuestra correspondencia; y si no, ya sabe que nobleza obliga y tiene que contestarme, por lo menos, a esta carta. No me deje fea, ni me haga quedar mal en mis primeros pasos en el modernismo.

Hasta pronto. ¿Myosotis?... ¿Gardenia?... ¡Hay tantos y todos tan bellos!

Zaragoza, 10-10-25.

CARMEN U. MARÍA.

Ensayo.

Yo soy del pobre la riqueza,
yo soy la lucecita del caminante,
yo del cautivo soy la esperanza,
yo el seguro puerto del navegante,
yo, en fin, soy etérea, intangible,
pon en mí toda tu atención,
¡soy yo tan innata, tan impalpable,
tan sutil, que soy la Ilusión!

QUEVEDO.
Santander.

Amistades falsas.

Ya estoy escarmentada:
la Humanidad entera
es muy interesada.

Cuando era jovencita,
por ser habilidosa,
todo el mundo buscaba
amistad tan preciosa.

Largo tiempo a su lado
todas me retenían
porque las enseñara
todo lo que sabía.

Mientras en enseñarlas
ponía mil afanes,
adulábanme todas
con finos ademanes.

Cuando de mí hablaban
demostraban cariño,
así me engañaban
como si fuese un niño.

Mi constancia y trabajo
la obra terminó,
y entonces me despiden
con la *patá Charlot*.

ALMA GAZULES.
Toledo.

¡Soy... lo que no soy!

Soy pobre falena con el ala rota,
que, inestable y feble, por el aire flota.

Caña sin azúcar, colmena sin miel;
soy el jugo amargo de exprimida hiel.

Zarzal espinoso que no tiene flores,
nido del que huyeron parleros cantores.

Soy árbol sin savia, que no cría fruta,
invernada triste, que todo lo enluta.

Campana sin voz, arpa sin cordaje,
surtidor sin linfa, mar sin oleaje.

Amustiada rosa que perdió fragancia,
candela apagada de fúnebre estancia.

¡Soy... lo que no soy!, porque soy incierta.
¡Soy arcilla viva con el alma muerta!

LINA TAGORE.

Correspondencia.

(Diríjense los envíos y toda la correspondencia al Director de MUJER. Apartado 447, MADRID.)

CARMEN N. MARÍN.—No nos es posible indicarle las señas que nos pide, sin autorización de la interesada. Lo mejor sería que se las pidiera usted a ella por medio de la sección de «Las amigas y los amigos incógnitos».

CONCURSOS

Este concurso consiste en relatar un bueno y un mal recuerdo (lo pasado) de vuestra vida. En declarar cuáles son vuestras preferencias y antipatías (lo presente). Y en describir un deseo y un temor (lo futuro).

Las respuestas deben venir escritas a máquina o con letra muy clara, por un solo lado del papel y firmadas con un nombre o seudónimo. En este último caso, sería conveniente, pero no lo exigimos, conocer el nombre y señas de la autora, por si resultase premiada.

Nuestro segundo concurso consiste en que las lectoras expliquen, definan o aclaren, el concepto de la palabra flirteo.

Publicaremos todas las respuestas ingeniosas que recibamos, y, para las mejores, concederemos importantes premios.

Para más detalles de estos concursos, véanse los números 1 y 2 de MUJER.

LO PASADO :-: LO PRESENTE :-: LO FUTURO

1. Soy muy joven, mi vida ha sido poco agitada; sin embargo, me acuerdo con placer, ¿por qué no confesarlo?, que al examinarme en un mismo año de ocho años de piano me dieron ocho sobresalientes. ¡Qué alegría la de mis padres!, y fuerza es confesarlo, yo también fui muy feliz. Recuerdo triste: pocos tengo ¿quién lo querrá creer? Uno de los más tristes fué el día en que, a pesar de todos los cuidados, vi morir a mi querido caballo Céforo, el compañero de mis paseos por el campo, el hermoso y noble animal que me quería, y me entendía tanto, que llegó a hacerme sospechar que algunos animales tengan algo parecido a nuestra alma. ¡Pobre amigo mío!, le lloré como a una persona querida.

2. Me gusta la música, y (me van a tomar por un fenómeno) la música clásica; Beethoven, Chopin, Mendelssohn, me entusiasman; me gustan los largos paseos a caballo por el campo, y los hermosos días de sol en que todo es luz y alegría; el teatro, la literatura, algunos deportes (natación, tenis), etc. No me gustan los días de lluvia, tristes y melancólicos; no me gustan los deportes brutales (como el boxeo), en el que el hombre se goza en maltratar a su semejante, diciendo: ¡Herejes!, ¡qué eso es artístico! Y para terminar con mis antipatías, diré que soy enemiga acérrima del «flirteo», por ser cruel y peligroso; casi siempre hace una víctima, casi siempre uno de los dos acaba por creer que es verdad.

3. ¡Mis temores! Esos son muchos; temo a la vida, temo los engaños y las desilusiones; he sido y soy feliz por ahora; temo dejar de serlo, no ser comprendida por el hombre que yo llegué a querer. Y deseo..., pues, deseo lo que deseamos todas a los diez y ocho años: encontrar un amor verdadero, firme y leal, que me ayude a seguir el camino de mi vida..., de esa vida que me asusta.

X.

1. Mi esposo es francés, y en el año 1914 cuando se desencadenó la inmensa tragedia mundial, tuvo que marchar a defender su patria como hombre de corazón. Estábamos recién casados; al recordar ese día, aún me estremezco de espanto. Al cabo de cuatro años y medio volvió sano y salvo, después de haber cumplido con su deber. ¿Habrá quien sea capaz de imaginarse mi dicha?

2. Me gusta la lectura mucho, es una pasión, casi un vicio; me gusta también la poesía, la música, la luz, la alegría, el sol. Me desagrada la soledad, las tristezas; los buenos, aquéllos cuya conciencia no tienen nada que reprochar están alegres; la risa es santa, y habiendo salud debe haber alegría. No me gustan tampoco los misterios, la disimulación, todo a la luz del día y a la faz del mundo.

3. ¿Qué podrá desear la madre de tres hijos? Su salud, su felicidad aun a costa de mi vida. Y en cuanto a temores tengo los que tenemos todos: temo las enfermedades, la muerte, las desgracias para los míos; pero lo que más temo es ofender a Dios.

MATER.
Málaga.

1. Un buen recuerdo: Pues, aquel día siempre feliz, en el que vi regresar a mi novio lleno de lauros de África.

Un mal recuerdo: Aquel en que me lo arrebataron. El que me costó un torrente de lágrimas.

2. Mis preferencias: Sentir las tiernas caricias de mis dos hijos muy amados, escucharlos embelesada.

Mis antipatías: Las miradas profundas de los hombres, su demasiada cordialidad. Pues, aunque en los treinta y dos inviernos, no me pueden apreciar de fea.

3. Un deseo: El bien de mis hijos, su buena suerte. Morir antes que verlos sufrir. Un temor: El que ellos sufran tanto como yo he sufrido.

CARIÑO.
Igualada.

1. Un mal recuerdo para mí es un horrible fuego que presencié. Se quemó una hermosa iglesia, empezando a arder cuando estaba llena de gente. Fué imponente, era yo chiquita, y, sin embargo, me acuerdo como si hubiese sido ayer. El día que vi que una persona me agradecía con toda su alma un poquito de bien que la había yo hecho, un buen recuerdo para mí.

2. Mi hermana pequeña. Es un encanto de chiquilla. Todas mis antipatías se las llevan las personas egoístas y holgazanas.

3. Mi gran deseo es hacer muy felices, aun a costa de mi dicha, a todas las personas que me rodean; y mi mayor temor: es pensar que algún día sufran las personas que tanto quiero.

AZUCENA.

1. Mi mejor recuerdo es el abrazo que la madre de mi marido me dió de recién casada; tenía yo la aprensión de que ella no me quería, que por esta causa no seríamos felices, pero este cordial abrazo me devolvió la tranquilidad, llenándome de alegría. Nunca podré olvidar la muerte de mi única hija, que a los tres meses falleció en mis brazos de un horroroso ataque de meningitis.

2. Me entusiasman los niños y las flores; antipatía no tengo a nadie ni a nada, pero los hombres tenorios y las mujeres coquetas me gustan muy poco.

3. Deseo con toda mi alma volver a ser madre; tengo un gran temor perder a mi buenísimo esposo.

MARÍA LUISA.

1. Recuerdo agradable: Cuando ruborizándome, tras la reja de flores, escuché las primeras palabras que yo creí, ser de amor verdadero. ¡Cuán bellas y armoniosas eran!... y él también era bello, en la semioscuridad, que apenas le divisaba; más bien me lo figuraba con sus patillas, el pelo ondulado, los ojos negros y la chalana.

Recuerdo desagradable: Cuando de día, a la luz del sol, vi todas mis ilusiones desvanecidas; no era tan guapo, y, sobre todo, no era el poeta, que improvisaba esos versos tan finos y delicados; éstos... eran hurtados a un amigo que los escribió a mi intención. ¿Hay infamia mayor? (Confidencialmente): Se lo agradezco, porque el amigo, el verdadero y auténtico poeta, al enterarse de la broma tan pesada (y amándome en silencio

desde años), me declaró de nuevo su amor, con otros versos aún más lindos. Ahora somos completamente dichosos; soñando, soñando siempre; siempre los dos.

2. Me gusta él, porque es poeta, toda la poesía en general, pero en particular la suya; sus mimos, la pintura, los paseos con él, sean por donde sean, pero más todavía, a la orilla de un río o un lago; también en lancha, la botánica, la aviación, el tenis, la música, pues sin ella, y sus hermanas la poesía y pintura, ¿qué sería el mundo?

No me gusta el materialismo, los egísmos, el desorden, los hombres modernistas y flirteadores, la melena cortada a lo garçone.

3. Deseo que cuando uno de los dos deje este mundo tan real y material, también lo deje el otro; él también lo desea, ¿qué haríamos el uno sin el otro?

Temo que uno de los dos pierda al otro, y se quede solo, abandonado, entre personas, que, lejos de comprenderlo, le llamen tonto y cursi.

LILI.
Málaga.

1. Un buen recuerdo: El mejor recuerdo de mi vida fué un sueño que tuve siendo muy niña; después, si he tenido alguna alegría, ha ido siempre acompañada de alguna pena.

Un mal recuerdo: ¡Por qué recordar lo que su solo pensamiento llena el corazón de amargura, y los ojos de lágrimas!

2. Mis preferencias: La nobleza del corazón, la honradez y la amistad franca, sin doblez ni engaño.

Mis antipatías: Los seres egoístas que, ante su interés personal, no temen atropellar al desvalido.

Los vengativos, que no perdonan el menor agravio, y los hipócritas.

3. Un deseo: Deseo el engrandecimiento de mi Patria, que Dios guarde al Rey, y que mi querida España vuelva a ser grande entre todas las naciones.

Un temor: No tener suficiente abnegación para en lo que de mí dependa hacer la felicidad de las personas que me rodean.

UNA QUE TODO LO ESPERA DE DIOS.

1. Soy recién casada y, como tal, es fácil comprender que mis mejores recuerdos son los de mi boda, y, sobre todo, de mi viaje de novios. ¡Qué placer, visitar con «él» la ciudad de mis ensueños. Mi felicidad me parecía mayor paseándola por aquellas calles tristes y aquel cielo gris, cambiar impresiones, y notar una vez más que nuestros gustos son los mismos. En cuanto a un recuerdo triste: no sé, no sé; soy tan feliz que todo lo triste se ha borrado de mi memoria; recuerdo, sin embargo, que hace unos años padecí una grave enfermedad, creí que me moría, y morir a los diez y ocho años, ¿no es lo más triste del mundo?

2. Me gusta, ¿qué diré?, cuando una es feliz le gusta todo: me gusta pasear por el campo y por la playa con «él», y prefiero los sitios solitarios. También prefiero, de todas las que he leído, la revista MUJER. Mis antipatías son las que quizás parezcan más extrañas en una recién casada, feliz; pero ¿qué le vamos a hacer?, allá van: no me gustan las visitas, ni lo que por ahí se llaman diversiones: bailes, reuniones, verbenas; nada vale tanto para mí como estar en mi casa, gustando esa «soledad de dos» tan dulce a los corazones que aman; en una palabra: no me gusta la vida mundana.

3. En cuanto a deseos, ¿quién no lo adivina? Ver entre nosotros dos una linda cabcita, rubia o morena, pues, en el cielo de nuestra dicha no falta más que un querubín. Dicen que la felicidad, si es muy grande, no es duradera, y... ese es mi temor, ¿dejará de quererme algún día? El pensarlo me parece una blasfemia y, sin embargo, sé que eso sucede, y sin querer... tengo miedo.

PIMPINELA.
Málaga.

1. Un buen recuerdo: El primer día que fui confidente de mi madre. Un mal recuerdo: El día que supe que me quiso un hombre por el dinero.

2. Mis preferencias: Mucho sol, muchas flores y una amiga que me comprenda. Mis antipatías: los pollitos afeminados y las niñas ultramodernistas.

3. Un deseo: Tener siempre el optimismo de que gozo hoy. Un temor: que la vida me haga perder mi tranquilidad de conciencia.

ANA MARÍA.

1. Un buen recuerdo: Su primer beso. Un mal recuerdo: El día en que tuvo que marchar.

2. Mis preferencias: La vida agitada, las aventuras (honestas desde luego); pero que salgan de lo corriente. Mis antipatías: La vida monótona, siempre igual, sin pena ni gloria.

3. Un deseo: Que me quiera siempre, siempre como ahora. Un temor: Envejecer y que me encuentre fea.

CLAUDIA.
Málaga.

¿QUÉ ES FLIRTEO?

El flirteo quiere ser la parodia del amor, y solamente es su caricatura.

MARÍA LUISA R. DE LEDESMA.
Madrid.

El flirteo es lo único que pueden conocer del amor las niñas «bien» y los pollos «bananas» de ahora.

PEPITA GONZÁLEZ.
Valencia.

El flirteo es juego, distracción, entretenimiento; es «batir de alas y rumor de besos»; es un duelo sin peligro, porque se lleva mascarilla de alambre... sobre el corazón.

EDELWEISS DE LAS NIEVES.
Vigo.

Es un cortejo *sui generis* entre pasión y discreto; pero no es en realidad ni una cosa ni otra, teniendo algo de circunspecta o de metódica más bien.

CUBITA LA BELLA.
Barcelona.

¿Qué es flirteo? Pues a mi juicio es el juego más necio y más cruel que existe. Es hacer creer al adversario que estamos dispuestas a quererle, siendo mentira, y ¿qué se adelanta?, si él no lo cree y acepta a sabiendas; entonces no cabe mayor necesidad; sabemos que no piensa lo que demuestra, y sabe que no lo pensamos tampoco; entonces, ¿a qué viene esa comedia? Y si uno de los dos es más... inocente que el otro, ese (él o ella) es víctima segura; cree que esas miradas, esas sonrisas, esas atenciones, esas medidas declaraciones son pruebas de un amor que empieza, y a veces entrega toda su alma; pero cuando el otro se cansa, y le hace comprender que es mentira, queda una herida a veces muy honda, y ¿qué ha ganado el «flirteador» o «flirteadora»?... ¿divertirse?... pues divertirse, a costa de un corazón, demuestra una insensibilidad que raya en la maldad; que me perdonen las partidarias del flirteo; muchas no se dan cuenta del daño que hacen, son inconscientes, hacen el mal, quizás sin saberlo, pero no por eso es menor. En fin, que es una tontería muy grande: no significa nada, no conduce a nada, es una comedia, sin sentido, una farsa, una parodia criminal del amor.

ALMA MISTERIOSA.

PASATIEMPOS

Gran Concurso de PALABRAS CRUZADAS ILUSTRADAS

PREMIOS

por
Pesetas **1.000** en metálico

- 1.º =500 pts.=500 pts.
- 2.º =200 pts.=200 pts.
- 3.º =100 pts.=100 pts.
- 4.º a 7.º = 25 pts.=100 pts.
- 8.º a 17.º =10 pts.=100 pts.

Totál 1.000 pts.

El entretenido pasatiempo de las PALABRAS CRUZADAS, difundido por el mundo entero con inusitada rapidez y éxito sin igual, consiste en una figura (rectangular o no) hecha con cuadrados blancos y negros. Los blancos corresponden a letras que forman palabras. Los negros son puntos de división entre unas y otras palabras. Hasta ahora se daba como orientación para buscar las palabras una alusión a su significado, hecha no sólo con deliberada vaguedad, sino con propósito de despistar o dificultar la solución. Decíase, por ejemplo: «Se usa para pescar», y la palabra resultaba ser MANO, que, en efecto, se usa para pescar, y también para dar energícos puñetazos... Por primera vez en España damos nosotros las PALABRAS CRUZADAS ILUSTRADAS. En ellas cada cuadrado contiene un dibujo representando un objeto cuya primera letra corresponde con la del cuadrado mismo. Trátase, pues, de adivinar qué representan los dibujos contenidos en los cuadrados y de ir colocando las letras correspondientes en los cuadraditos en blanco colocados a la izquierda de cada cuadrado.

Las letras deben formar palabras no sólo en sentido horizontal, sino en el vertical también.

Las palabras empiezan siempre en un cuadrado de esquina o desde un cuadrado numerado. Terminan siempre en un cuadrado de esquina o en un cuadrado negro. Nunca una palabra continúa de una línea a otra.

Sólo van sin número aquellos cuadrados que encierran en sí toda la palabra. Para facilitar la solución, se indica en algunos cuadrados la letra que les corresponde. Se advierte que entre estas palabras cruzadas hay a veces algunas abreviaturas muy conocidas como: S. M. - Pts. - R. A. - R. O. - etc.

Problema número 11

1 	2 	3 	4 	5 	6
7 	8 	9 	10 	11 	12
13 	14 	15 	16 	17 	18
19 	20 	21 	22 	23 	24
25 					

Condiciones del Concurso

- 1.º Consta de catorce problemas que se publicarán simultánea y semanalmente en MUJER y en CHIRIBITAS, revistas ambas de la Editorial «Saturnino Calleja», S. A. El Concurso es único para las dos revistas, pero basta con ser lector de una de ellas para poder tomar parte en él. El mismo problema se publicará los miércoles en MUJER y los sábados en CHIRIBITAS.
- 2.º La solución de cada problema se escribirá en los cuadraditos blancos que hay para ese objeto a la izquierda de cada cuadro grande.
- 3.º Las catorce soluciones se enviarán juntas al final del Concurso. Las que se envíen sueltas serán desechadas.
- 4.º Cada lector podrá enviar una o varias series de soluciones a los

catorce problemas si encuentra varias que se ajusten exacta o aproximadamente a los dibujos publicados. Si envía varias lo hará en sobres separados.

- 5.º Un concursante no podrá obtener más de un premio.
- 6.º Las soluciones se habrán de escribir con claridad y precisamente sobre el dibujo recortado de una de las dos revistas MUJER o CHIRIBITAS. Las que se reciban confusas o hechas sobre calcos, etc., serán desechadas.
- 7.º Los premios serán adjudicados en todo caso; si nadie envía soluciones completamente exactas, los premios serán—por su orden—para aquellos cuyas soluciones se aproximen—por su orden también—a la exactitud. En cambio, si hubiese varios concursantes que enviaran todas las soluciones exactas o con igual aproximación, el premio se dividirá o se

sorteará, según lo que, a juicio del Jurado, proceda, en vista de la cantidad y circunstancias de los concursantes cuyas soluciones coincidan.

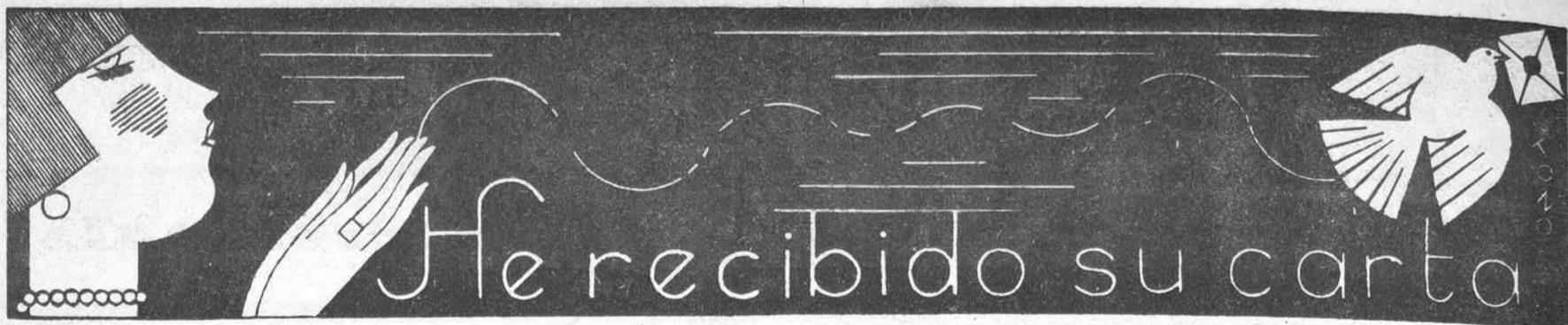
- 8.º Los nombres de los premiados se publicarán en MUJER y en CHIRIBITAS tan pronto como se hayan podido clasificar las soluciones recibidas.
- 9.º El plazo para enviar las soluciones caducará dos meses después de publicado el último problema.
- 10.º No se mantendrá correspondencia acerca de este Concurso. Tomar parte en él supone someterse a sus condiciones y renunciar a toda posible reclamación.
- 11.º Ningún redactor de CHIRIBITAS ni de MUJER, ningún empleado de la Editorial «Saturnino Calleja» podrán ser premiados en este Concurso.

JEROGLÍFICO DE ACTUALIDAD. ES LA MODA.

G L $\frac{D}{2}$ $\frac{D}{2}$ D 1.

CHARADA

1.º-3.º el canto, y de todos los cantares el más 1.º-3.º-4.º es el 2.º-4.º. Y 4.º-3.º su voz con empeño, porque ansía la 2.º-3.º. Siempre fué su sueño dorado ser TODO.



En esta sección, MUJER contesta a cuantas preguntas le hagan sus lectoras el honor de dirigirla, respecto a la moda, el hogar, los cuidados de la belleza, la pedagogía, la cocina, la puericultura, así como la vida cultural, sentimental, etcétera. Estas consultas deben dirigirse por carta a la redactora encargada de esta Sección: **Carmen de Avila, Redacción de MUJER, Revista del Mundo y de la Moda. Apartado 447, Madrid.** Se contesta por riguroso orden de recepción.

PUEBLA DE LOS ÁNGELES.—El mejor remedio es el de unos guantes de goma que se llevan en casa y que afinan poco a poco la mano; para los dedos precisamente, también existen aparatitos especiales.

Como no sea ese, no creo que exista ni que pueda existir remedio alguno para este defecto. Desde luego, debe usted llevar siempre las uñas un poco largas, limadas en óvalo, ligeramente puntiagudas. Esta es la forma «de almendra» o «gótica», y es la que más favorece a la línea de la mano.

PALMIRA.—(1). A su primera consulta me es imposible dar contestación antes de saber si ese defecto proviene realmente de la piel o tiene una causa interna: bilis, impureza de la sangre o malas digestiones. Si lo sabe, dígamelo. Si no, debe consultar un médico.

(2). Si esa crema que dice no le da buen resultado, es que no es apropiada para usted; son muy pocos los productos de belleza que pueden aplicarse indistintamente sobre cualquier epidermis. Debe usted cambiar cuanto antes de crema, y si me indica sus señas yo tendré mucho gusto en indicarle algunas marcas excelentes, según desea; pero en esta sección, que es absolutamente desinteresada, no puedo nombrar ningún producto comercial.

(3). Pruebe usted a darse por las noches unos masajes suaves con aceite de almendras dulces partiendo de la boca y subiendo hacia las mejillas...; pero no deje de reír: la alegría es uno de los más bellos adornos de la mujer.

UNA CURIOSA.—Como puede ver en mi respuesta a «Palmira», no me es posible citar aquí productos comerciales; si me da sus señas, tendré mucho gusto en contestarla directamente, aunque la advierto que no existe ningún producto, de los que usted desea, que sea radical.

LA NOVIA DE E. H. N.—(1). Eso debe ser causado por las malas digestiones; no debe usted probar ni el alcohol ni la mostaza, salsas picantes, café, crustáceos, etc., etc. Coma usted mucha verdura, sobre todo judías verdes, lechuga, berzas, etc., etc. Poca carne roja. Una infusión de manzanilla por las mañanas le sentará a usted muy bien.

(2). Unos cincuenta kilos, más bien menos que más.

(3). Creo que su novio tiene algo de razón en lo que se refiere a su letra. Pero aunque no la tuviera, debe usted hacerle caso... que

ya tendrá usted tiempo más tarde de hacer su santísima voluntad.

M.^a L.^a B. I.—(1). Es imprescindible, para contestarla, que sepa si es usted rubia o morena de pelo y de piel, gruesa o flaca, alta o baja y si tiene la cara ancha u ovalada, la frente grande o estrecha y si lleva el pelo cortado o no. Nada más.

(2). Darle celos, haciéndole suponer que usted quiere a otro; que lo suponga de una manera que sea lo bastante precisa para no poder reprimir su pena o rabia, a la vez que bastante vaga para que usted luego pueda desengañarle sin excesiva dificultad.

(3). En caso negativo, dejarle inmediatamente. Pero en este caso —que espero que no se dará— no vaya usted a echarse otro en seguida, a tontas y a locas, por despecho. Más le valiera descansar de noviazgos durante una temporada y hacer un serio y detenido examen de conciencia y... de corazón.

UNA RUBIA DE OJOS NEGROS.—El *kasha*, la duvetina y la *drapella* se llevan mucho; son suficientemente ligeros para el otoño; para el invierno le bastará con «guatear» la chaqueta. El color de moda es el «vino de Burdeos» y el *beige*, y precisamente los dos sientan muy bien a las rubias.

Le aconsejo la «rata-chinchilla», que hace furor y se parece mucho a la chinchilla legítima, siendo, claro está, incomparablemente más barata que esta última; produce sobre el terciopelo negro un efecto de insuperable y delicadísima elegancia; también puede poner liebre o cualquier piel de pelo corto en un tono pardo.

Le indicaré con gusto esa casa que me pide si me da sus señas, ya que esta sección está exenta de publicidad; lo mismo digo respecto del masajista y los productos de belleza.

ANA MARÍA.—En efecto, me es imposible mantener correspondencia particular; pero crea que su gentilísima carta me ha causado una gran alegría. ¿Cómo corresponder debidamente al ofrecimiento inestimable que me hace de su amistad? Sólo puedo —pero eso sí, con toda mi alma— asegurarle que sus cartas, reveladoras de tan exquisita e inteligente sensibilidad, hallarán siempre en mí a la amiga sincera que se interesa, comparte penas y alegrías y «comprende». En cuanto a lo que me dice de «catalanas y madrileñas», me apena un poquito; nada quiero saber de tales diferencias: España es una y las mujeres, todas..., somos unas también.



En esta sección, las lectoras de MUJER corresponden entre sí; publicamos cuantas cartas se nos envían, firmadas con seudónimo, con iniciales o con el nombre.

Como anunciamos en el último número, admitimos desde ahora en esta sección, indistintamente, cartas de lectoras a lectoras y cartas de lectores a lectoras, o viceversa.

PALOMITA SIN HIEL.—¿Que temas a las mujeres y a los hombres, y que una mujer te diga por qué? Yo, sencillamente creo que es puro pesimismo. Ni tan de temer somos las mujeres, ni tan malos los hombres. ¿Injustos y peligrosos? A veces; ¿pero no crees que muchas de ellas, es que, nosotras mujeres, no sabemos discernir el burdo hablador del hombre noble e inteligente? Y no porque el hombre bueno sea la excepción, como dices, hay que prescindir de él, si no, prescindir de los otros. ¿Te he convencido?—*Joven, pero mujer.* Madrid.

COPA.—Vamos ante todo a examinar el origen de tu rubor.

Bailabas seguramente un *fox* o un *chimmy* y no te ruborizaste entonces, bien: es que por lo visto dejaste pasar la mejor ocasión para ello.

Luego te llaman Ninón y te ruborizas sin decirme qué es lo que causa tu rubor, si el apodo o el muchacho que te lo adjudicó.

¿Quieres no ruborizarte? Eso es muy sencillo. Averigua si te gusta ese muchacho; si no te gusta, házselo saber, y si te gusta, procura entonces casarte con él. No hay otro solución. Será demasiado enérgica, pero sincera, es muy sincera.—*Leonor de Mesalia.*

RAMAYHANA.—Cultura intelectual más que física. Entiendo que

la mujer debe ser sana, no atlética, y voy a puntualizar mis razones siguiendo tu ejemplo:

1.º Porque la mujer musculada pierde toda la línea y esbeltez (véanse las mujeres que trabajan en los circos). 2.º Porque el exceso de músculo resta feminidad a nuestros movimientos (ved a esas modernas jovencitas tomando los tranvías en marcha); y 3.º Porque Dios ha querido que la fuerza de la mujer esté en sus encantos, y sabiamente esgrimidos por ese don inapreciable que se llama sagacidad.

¿Está todo esto claro? Sospecho que somos ya buenas amigas, ¿verdad?—*Una mujer, mujer.*

MARIPOSA DE COLORES CLAROS Y TRANSPARENTES Y VAPOROSAS ALAS.—¿Nada más? No me negarás que con sólo escribir tu nombre, se te da una prueba de buena amistad.

Para que no crezcan las uñas, no sé de ningún procedimiento, ahora, si quieres no llevarlas largas, no hay otro que cortarlas, aunque mejor es limarlas todos los días.

Manda cuanto gustes a tu buena amiga, *Luisa R.*

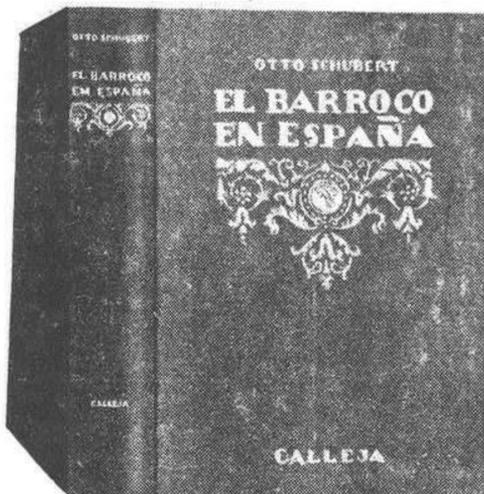
FLEUR DE REVE.—Acepto el intercambio de postales. Dirígete a E. L., Pignatelli, 68, pral. Zaragoza. ¡Ah! Desde luego la inicial E es femenina ¿eh...?—*E. L. Zaragoza.*

Otto Schubert.

HISTORIA DEL BARROCO EN ESPAÑA

De todas las Artes, la Arquitectura es aquella cuyo conocimiento menos puede eludir cualquier persona siquiera medianamente cultivada. Cabe excluir de la vida normal, y aún de las excursiones del turista, la visita de Museos, la contemplación de cuadros, de esculturas, la audición de obras musicales. Pero nadie puede, en su ciudad o en las ajenas, eludir el enfrentarse con las obras del Arte arquitectónico.

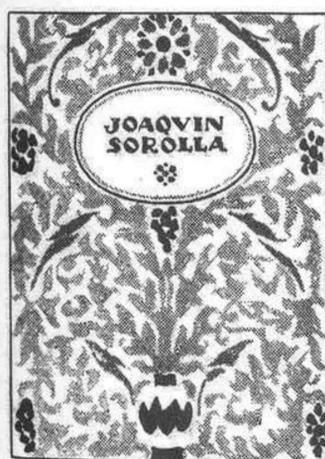
Un tomo de 469 páginas, con 293 grabados; esmeradamente impreso, sobre magnífico papel de primera calidad. Encuadernación en antilope fino,



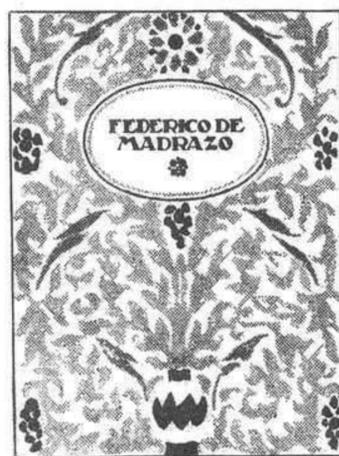
estampado en oro de ley, con planchas de bronce grabadas a mano, según dibujo original; protegida por una sobrecubierta de papel muy resistente.

PRECIO: 50 pesetas.

MONOGRAFÍAS DE ARTE



Cabe encontrar una crítica que describa y juzgue a un artista luminosamente; pero ningún juicio, ninguna descripción, suplirán para cada cual la eficacia de la visión directa. En cada volumen de la colección de MONOGRAFÍAS DE ARTE, un especialista autorizado presenta el conjunto de la obra de un artista; pero a continuación una profusa serie de admirables fototipias reproduce las obras más logradas, las más representati-



vas y las más famosas del artista descrito. Con ello, el lector posee un documento sólo superable si recorriera cada Museo de cada ciudad del Mundo donde esas mismas obras se guardan.

TOMOS PUBLICADOS

	PESETAS		PESETAS
1. S. Rusiñol. (Paisaje.) Tomo I.	7,—	11. Eduardo Rosales.....	7,—
2. — (Figura.) Tomo II.	7,—	12. Gustavo de Maeztu.....	7,—
3. Julio Romero de Torres.....	7,—	13. Federico Beltrán.....	10,—
4. Joaquín Sorolla	7,—	14. Enrique Casanovas.....	7,—
5. Ramón Casas.....	7,—	15. Juan Pantoja de la Cruz.....	7,—
6. Miguel Viladrich.....	7,—	16. Leonardo Alenza.....	10,—
7. Fernando A. Sotomayor.....	7,—	17. Federico de Madrazo. (T. I) ..	10,—
8. Aguafortistas	7,—	18. — (T. II) ..	10,—
9. José M. ^a López Mezquita.....	7,—	19. Vicente López.....	10,—
10. José Clará.....	7,—		

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

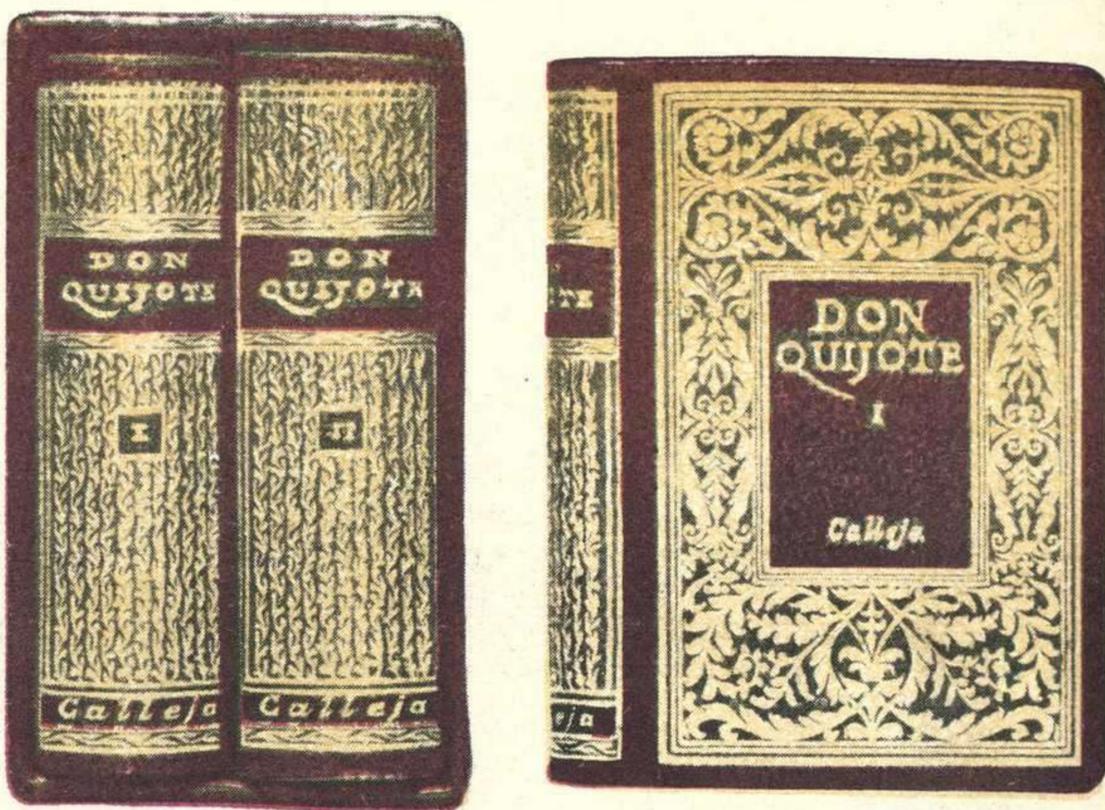
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., APARTADO 447.—MADRID

NUEVAS EDICIONES DEL "QUIJOTE"

Las ediciones Calleja del **Quijote** han sido siempre renombradas y preferidas a todas las similares, por la gran superioridad que sobre ellas siempre alcanzaron.

Dos ediciones nuevas presenta la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» de la obra del príncipe inmortal; y las dos no son superiores a las demás, porque no hay otras que con ellas puedan siquiera compararse. Nuestras anteriores ediciones, con ser tan justamente estimadas, no pueden resistir el parangón. Así lo reconocen cuantos las han visto. Así será juzgado unánimemente por cuantos las admiren.

Supone esta edición tantos y tan considerables esfuerzos editoriales, que seguramente no se reimprimirá. Encuadernación en piel. Ningún bibelot de buen tono es más elegante ni más decorativo sobre el secreter de una señora.



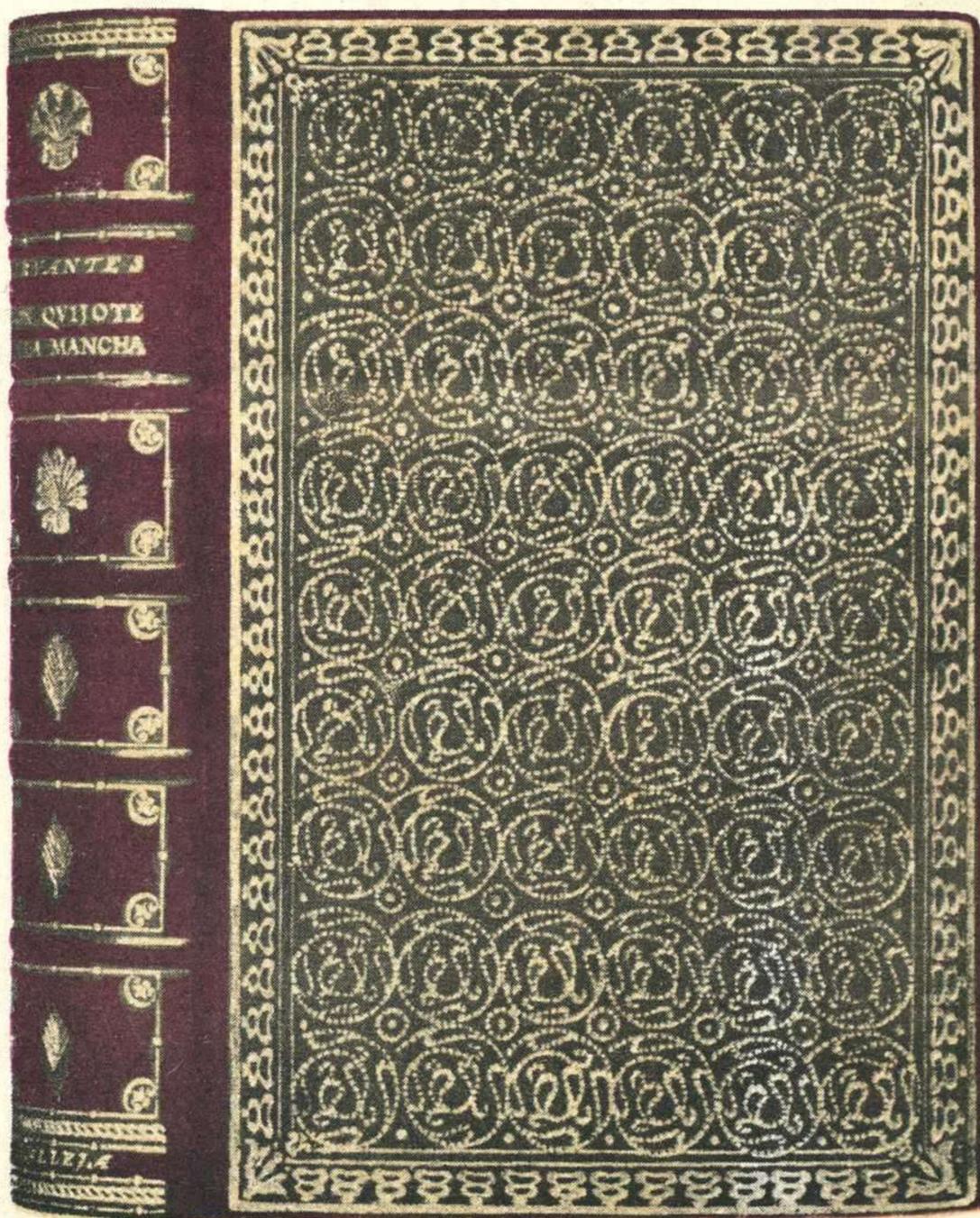
Facsimile, a su tamaño exacto, de **Don Quijote**. Edición *miniatura*. Texto absolutamente íntegro. Impresión diminuta, pero perfectamente legible. Dos tomos, 1893 páginas.

Precio, en piel, con estampaciones en oro fino, **24 pesetas.**

*La edición de bolsillo es como un breviario: por su forma, por su tamaño y por su uso. Son muchos, por ventura, los amigos de Cervantes que tienen el **Quijote** por su libro de horas. Son muchos, pues, los que necesitan la edición cómoda, que no abulte ni estorbe; que les acompañe en el paseo, en el viaje; que esté siempre a nuestro alcance, discreto camarada, sobre la mesa, en el saco de mano, en el bolsillo. Y a la par, que sea de fácil lectura, no tanto para el largo recorrer los capítulos imponderables, como para la breve consulta o corto homenaje de los que abren diariamente, siquiera unos minutos, el libro supremo, para regalarse y confortarse en el río, vivo siempre, de tantas galanuras, de tantos siempre nuevos, siempre acrecidos tesoros.*

Encuadernado en piel, con estampaciones en oro fino,

25 pesetas.



Facsimile a su tamaño, de **Don Quijote**, edición de bolsillo.